EL NUEVO GLOSARIO

EUGENIO D'ORS

El Nuevo Glosario

I



Rafael Caro Raggio, editor
Mendizábal, 34, Madrid

Eugenio d'Ors

El Nuevo Glosario

Primer volumen

Enero · Febrero · Marzo

MCMXX



Madrid

1921

Establecimiento tipográfico
de Rafael Caro Raggio.

A principios del año 1917, el corresponsal de una revista de Málaga visitó, por encargo de la misma, al autor del presente libro. Y a la obligada pregunta sobre publicaciones y proyectos, éste hubo de contestar: —En realidad, no escribo ni he escrito mas que tres obras: Una, en que quisiera exponer mi pensamiento reducido a unidad, es decir, a sistema de filosofía; éste voy dándolo en lecciones; cada lección, un capítulo; la primera parte del vasto plan ya establecido está hoy redactada: se refiere a la Dialéctica; la Psicología y la Física seguirán; si tengo fuerzas para dar término a aquél, el conjunto ha de formar un organismo, que ya se ha llamado "Filosofía de la Inteligencia" (en catalán, Seny*), o, en título exotérico, "Filosofía del hombre que trabaja y juega"... La segunda obra se encara, no con una exigencia de unidad, sino con la libre diversidad del mundo y de la vida: éste es el* Glosario*, que usted conoce y cuya no interrumpida publi-*

cación cuenta hoy diez años. La tercera obra es la crónica de una lucha por la cultura, concentrada aquí, en mi Cataluña nativa: en ella, empleando con ahincada tenacidad los instrumentos profesionales y oficiales que la vida pública del país ha puesto en mis manos, se han cosechado ya amables frutos, a los cuales la benevolencia de mis coterráneos y de algunos amigos que nos visitan o que, desde la lejanía, siguen simpáticamente nuestro esfuerzo, quiere adjudicar algún honor; cada fundación, cada restauración, cada nueva estructura en la educación o en la enseñanza del país, inicia un capítulo en esta obra; sus páginas se llaman alternativamente Institutos, escuelas, Bibliotecas, revistas, cursos. De las tres hijas mías no es esta obra la que haya crecido menos y seguramente no es para mí la menos amada...

Ahora bien, muchos de los lectores a quien nuestras palabras se dirigen saben que esta tercera hija se le ha muerto al autor, hacia los comienzos del año pasado; mejor dicho, le ha sido asesinada villanamente por ciertos políticos catalanes, que han logrado también, de rechazo, retardar el crecimiento de la primera.

Esto le ha conducido, por un tiempo, a poner en la segunda todas sus alegrías y a condensar en ella sus mejores esperanzamientos de eficacia. Quiere decir, ya sin tropo, que hoy por hoy cifra en el Glosario *(así como ya había hecho en sus primeros días de producción literaria), lo más continuo de su libre actividad espiritual. Convenía, pues, a su designio compensar la limitación del instrumento con una ampliación del ámbito concedido a sus posibilidades de resonancia. El* Glosario *era un* Glosari, *esto es, se escribía en catalán; ahora tomará las alas del castellano, avezadas a volar entre continentes. Veía la luz en un solo periódico; ahora conocerá las claridades de tres o cuatro. Consentía que sus diarias notas se guardaran, años y años tal vez, en las colecciones de aquél, sin ensayar nueva difusión en el libro; ahora, esta manera de reencarnación y reviviscencia impaciente será ley grata en la tarea. Así, el* Glosari *no sólo se trueca en* GLOSARIO, *sino en* GLOSARIO NUEVO. *Lánzase a la aventura del gran viaje, si antes ha conocido las tibias seguridades de la domesticidad.*

Muchos amigos de España y América, el

apoyo inteligente de un amigo editor de Madrid, han sugerido al autor la forma en que la publicación de El Nuevo Glosario *debía hacerse, y han establecido la organización y ritmo de ésta. Una serie de volúmenes trimestrales irá apareciendo, cada uno de los cuales llevará, tras el título hoy adoptado —que se convertirá en genérico a partir del segundo volumen—, un título particular propio, y contendrá, reunidas, las notas publicadas en un trimestre anterior. Tendrá el libro, de esta suerte, mucho de periódico. Addison, el de* El Espectador, *patronará, desde el fondo de su siglo, la tentativa. Pero el autor espera que, alguna vez, una sombra más antigua y más ilustre le asista y ampare, y le dicte, en lo íntimo, ejemplo, más que lección; no de mérito, que ésta sus flacas fuerzas no le permitirían aprovecharla, pero sí de manera. La lección socrática es y será perdurablemente la de incluír, con familiaridad tanto como con recogimiento, en lo cotidiano, filosofía, que vale como decir: eternidad. Así, en tanto que Addison se quedaba en Espectador, Sócrates había ejercido de Partero. Lo que dió aquél a los ingleses fué* una conversación; *lo*

que éste había dado a todos los hombres fué, más condensada y más útilmente, el diálogo... *El Glosador de* El Nuevo Glosario *quiere —y sólo en este querer está su esperanza, y en este solo querer está ya su orgullo— que de pasta de diálogo sea la médula de su labor. Para él, sin dualidad no hay filosofía. Para él, sin dualidad no hay pensamiento siquiera... Esta serie de páginas —que tantas inquietudes y acaso tantos consuelos de mente está destinada a contener—, al buscar lectores, no busca secuaces, no busca discípulos, no busca* público *siquiera. Busca, más sencilla y más ambiciosamente a la vez,* interlocutores... *Pacíficos interlocutores con quien departir en la pura hermandad universal del Espíritu.*

MCMXX

ENERO · FEBRERO · MARZO

A Juan Barco,

Periodista sin miedo y sin tacha.

«El gran mérito de Xenius consiste, a mi juicio, en haber sustituído en sus hábitos mentales el afán polémico que se acerca a las cosas con una previa antipatía por el diálogo platónico y la mayéutica socrática. En esto no es Xenius, en efecto, un hombre del siglo XIX. Una abusiva extensión del *struggle-for-life* darwiniano al campo espiritual fué la gran plebeyez del pasado siglo. En España, la ausencia de toda cultura renacentista, el fondo escolástico de nuestra educación y la acritud de nuestra vida social nos han llevado, por otros caminos, al matonismo intelectual o, mejor, chulería ilustrada, que distinguió a gran parte de nuestro mundo literario. En este rabo por desollar de la vieja Europa son muchas las cabezas que embisten, y pocas las que piensan...»—(ANTONIO MACHADO.)

ATRIBUYO gran parte de la culpa del daño que el poeta denuncia en la vida intelectual española al detestable régimen aquí vigente de promoción al profesorado. Casi todos nuestros intelectuales son, han sido o iban a ser opositores.

Esto se paga. La actitud del opositor *—rivalidad, impenetrabilidad mutua, erudición empleada como arma, ocultación de fuentes, nunca cita del émulo, ambición de deslumbramiento, imposibilidad de colaboración, sequedad agresiva— se refleja, a veces de por vida, en cuanto aquél ha de producir. En España es muy difícil escribir sin* hacer oposiciones.

El Glosador adelanta una declaración: Con EL NUEVO GLOSARIO *se presenta fuera de concurso. Quisiera, aunque sólo fuese para corresponder a la benevolencia de Antonio Machado, ser, por definición,* el escritor que no hace oposiciones.

Por esta razón, ahora como en el pasado, no negará hospitalidad, antes se apresura a ofrecerla, al efecto de cuantas manifestaciones de vida espiritual solicitan su curiosidad o su interés. En este volumen, como en los sucesivos, pululan los nombres contemporáneos.

Dicho queda que estamos hoy entre interlocutores. Aquí se adelanta un hombre que positivamente es curioso y que aspira a servicial. Pregunta, le responden. Le interrogan, contesta. Saluda a quien se cruza en su camino.

Llama al que aparece en el horizonte. Despide al que se va. Ríe las gracias, aprende las canciones, mete baza en los tratos, se interpone entre los que se golpean. Le golpean. Golpea.

Bien. Este es el sabor de la vida. Esto vale la pena de vivir. O esto o irse al concierto y quedarse quietecito, con los ojos cerrados, oyendo música.

Y lo más interesante, al entrar en el pululamiento y la agitación, llevar a la agitación, paz. Entrar donde se dan golpes y salir de allí salvando la serenidad y en el mismo estado de alma que el que sale de oír música en el concierto.

Consumir —según terminología ya veterana en el Glosari— *la Anécdota en el ara de la Categoría.*

Para sustraerlas a la purificación de su fuego, se han suprimido de este volumen de El Nuevo Glosario *algunas páginas publicadas en los comienzos de 1920 y demasiado documentalmente alusivas a luchas y escaramuzas políticas de su autor. Tal vez encuentren lugar en otra parte.*

Hay que recoger todas las voces y aun todos

los gestos del camino agitado. Pero hay que comentarlos en el reposo, entre amigos, junto a una fuente, a la sombra de un laurel; es decir, entre el doble goce de un hablar claro y de un poco de gloria.

GLOSAS PREVIAS

BALADA

Las gentes de aquella famosa república maldecían a cualquier propósito de la memoria de un tirano, que precisamente había tomado mientras vivía puntual precaución para que su nombre alcanzase a las generaciones futuras, vestido de gloria y de alabanza. A venal historiador había encomendado crónica del tiempo de su gobierno, con exaltación de virtudes, agigantamiento de hazañas, disimulo de errores y vicios. Siete escultores habían esculpido la imagen del tirano; y de las siete estatuas, no era la última, que fué crisoelefantina, la más resplandeciente. Setenta lápidas, seis columnas que coronaron sendas Niques tetráp-

teras, un arco robusto, quisieron perpetuar el recuerdo de distintas obras y victorias.

Pero el tirano fué, un día, injusto con un pobre solitario que vivía recatadamente en una pequeña cueva, cercana al mar, sólo visitada por las Musas. Y aconteció que este solitario era un rápsoda. Y aconteció que este rápsoda compusiera, inspirado por las Musas, una vindicativa canción. Y aconteció que esta vindicativa canción fuese la única cosa inmortal que produjo aquella ciudad antigua.

Guerras vinieron, años y siglos rodaron. Hundióse el arco, enterráronse las piedras, vinieron al suelo las estatuas, rotas a pedazos; los manuscritos de la crónica embustera huyeron de cubiles, de bibliotecas, de memorias. Sobrevivió la canción vindicativa. La justa canción, que entregaba una injusticia a infamia inmortal entre los hombres.

CUANDO YO ERA METALISTA

Poco me asusta la transformación del orden social, dijo Octavio de Romeu, con una rápida iluminación en la sonrisa cansada. Poco me asusta; que yo he probado más de una vez, y cuando conviniese volvería a gustar con ilusión y delicia, la personal experiencia del trabajo manual y los goces, tan densos como delicados, que en él puede encontrar una sensibilidad desvelada.

Fuí hace tiempo operario metalista en Barcelona, en un taller mal conocido. He dicho operario, no artista. Líbrenos Dios de confundir; que confusión y tuberculosis forman hoy la peor pareja de plagas del mundo; a menos que,

en el fondo, no sean las dos una sola. Operario o, si queréis, artesano; nunca, poeta. No divagador libre, sino reproductor exacto. Nada más saludable para ejercicio de mente y su gimnasia que lo que el trabajo de reproducción significa; en su falta está probablemente el secreto de cualquier decadencia, así en la conducta como en las artes. ¿Sabéis por qué suelen ser hoy más flojos los arquitectos que los demás artistas? Pues porque los arquitectos, por lo menos los arquitectos de fama, se quedan en tarea de primer proyecto y esbozo, sin tocar materialmente las cosas, ni conocer la santa resistencia y las santas dificultades físicas de las cosas; porque sus manos no saben directamente de la dureza sagrada, de la profundamente educadora consistencia de los ladrillos, de la piedra, de los metales; porque, incluso de la fatiga de los grandes cálculos y del diseño preciso, acostumbran a verse aliviados por ayudantes, delineantes, copistas... Pero ninguna

cosa fuerte es creada, ni llama alguna de espíritu encendida, sino por el connubio del esfuerzo con la dificultad; o, si queréis, por el frote del fósforo del genio sobre la ímproba lija de la realidad insobornable.

Encontrábase el taller de mis humildes ejercicios en lo alto de una vieja casa de la Barcelona vieja. Vigorosamente grabada en la memoria, guardo imagen de la escalera y portal, sórdidos y obscuros, que se hubieran dicho construídos ex profeso para ocultar allí una bomba de atentado terrorista, y dotados de ángulos y corredores llenos de penumbra y pavorosos de soledad, excepto en las ocasiones frecuentes en que se abrían puertas impúdicas a las promiscuidades de un vecindario numerosísimo. Entre cinco y siete de la tarde, el gas, libre, esparcía allí un olor acre; entre siete y diez, silbaba, azulado, en llamitas jibosas, agudas y oscilantes. Pero escalera y buhardilla y la

azotea, que había que atravesar también, no se me representan ahora en horas de noche, sino por la mañana, cuando el buen sol esparcía con generosidad manchas y lenguas de luminosidad blanquecina. Así el niño, que de todo se hace juguete, jugaba aquel sol con la ruina y con la miseria. Cierto que su caricia era combatida por la áspera mordedura del frío. Aun así, ¡qué frío más picante, más alegre, más alado y espiritual, más batidor de pies y desligador de lenguas, el frío de mi pobre y claro taller de metalista!

Cuando yo abría la puerta, que jamás era de los primeros en llegar, acogíame ya el rumor jocundo de canciones de los que trabajaban. Eran unas canciones groseras, aliñadas por las más acanalladas cadencias del dialecto barcelonés. Su encanto capital venía, tal vez, de oírlas pasar por los labios húmedos de las muchachas, que las acompañaban con un ritmo particular de cintura, no enteramente descan-

sada en la planicie demasiado estrecha del taburete. No podría uno distinguir en la agitación de ellas qué parte correspondía a exigencia mecánica del trabajo, qué parte a impulsos dionisíacos del lirismo. Tarea y canción se ligaban estrechamente y fundían los altibajos de las respectivas mesuras... ¡Bienaventurada la tarea en que se puede cantar! ¡Bienaventurada la voz que no se consume y vuelve anémica, como niño casero, sino que salta y enreda y diablea, aprovechando las siestas de la razón, en la monotonía del trabajo! Vosotros, pintores, conocéis aún esta alegría; vosotros, escritores, no; acaso sea esto, y no otra cosa, lo que os torna envidiosos sin ingenuidad y tan temerosos de la vida. Si en todos los oficios y profesiones pudiese cantarse mientras se trabaja, tal vez de la transformación social, que tanto se anuncia, no todo el mundo estaría contento, es claro, pero ya nadie se sentiría cobarde.

Me saludaban al abrir la puerta las canciones, y me esperaba, al tomar asiento, los enseres, los buenos y honestos enseres. Nunca, a despecho de ternos y abjuraciones del patrón, que allí llamábamos «el principal», aquellos útiles habían sabido conservarse en un orden decente que, ahorrando la apresurada rebusca, facilitara la precisión y manejo oportunos. Hubiérase dicho que un gnomo malicioso se divertía cada noche, cuando la lechosa claridad de la luna se filtraba por el tragaluz de la buhardilla, para llenar le soledad del taller, en disponer clavos y sierras, limas y martillos, por montones ineptos a cualquier designio utilitario, propios nada más para modelo desinteresado y confuso de algún bodegón de pintor de vanguardia. Había allí juegos de sutilísimas tijeretas, que parecían encontrar cierto placer en esconderse dentro de excavaciones furtivas, así los insectos del mismo nombre. Las limas elásticas se cerraban a veces sobre ellas mis-

mas, como los puerquecillos de San Antonio. El tigle, labrado en hueso de vaca, acostumbraba a hundir cruelmente su punta en los ovillos de trenzado alambre, como navaja criminal en unos intestinos. Pero la más pintorescamente ingobernable era la pululante famila de los taladros y punzones, con sus parejas gemelas y desorientadoras. Confundidas con ella, dormían las bastardas brocas, lastrada cada una con un plomo en forma de medio limón afilado, en adulterio con los despatarrados compases. Pero los graves alicates, que allí llamábamos alcahuetas; las llaves inglesas cuadradas, que no puedo repetir como las llamábamos, y los martillos amenazantes oponían su maciza seriedad a las inconveniencias de aquel desorden; y, a guisa de institutriz, que, para mejor vigilancia, asoma sin anunciarse cabeza y nariz por la puerta del «nursery» alborotado, la larga llamita lenguada del soplete se escapaba, de cuando en cuan-

do, detective ágil, de su garita de estaño humoso.

¡Qué fiesta, los rayos del sol sobre todo esto y el vuelo de sus navegantes partículas de polvo! Cada metal respondía a ello con un reflejo distinto; cada uno, al agitarlo nosotros para el trabajo, hacía danzar estos reflejos y se envolvía como de un nimbo transfigurador, con una atmósfera hecha de la rarificación de la propia substancia. Gozábanse en ello los ojos, y los bigotes recogían el rastro suavísimo, que después la punta de la lengua subrepticiamente saboreaba. Nuestro pequeño taller se ocupaba en la pequeña metalistería y mi quehacer en él consistía en las labores llamadas «de Tula, del nombre de un pueblo ruso, famoso en ellas; y también «niel», de la palabra latina *nigellum*, que indica negrura. Dice Plinio el Viejo que trabajos de esta naturaleza ya los ejecutaban los antiguos egipcios. Tomaba yo

objetos o planchas de metal blanco, de plata a veces. Tenía ante mí un dibujo fijo con chinches en un a manera de facistol. A veces, el dibujo era simplemente de arabescos. A veces había otros motivos florales o zoológicos extremo-orientales, a fin de falsificar el artículo del Japón. Con mis buriles, que dejaban en la palma de la mano, entre el dedo índice y el del corazón, una pequeña callosidad de sensibilidad embotada, pero no abolida, donde la maceración era deliciosa, abría surcos más o menos profundos, copia de las líneas graciosas del modelo. Después, en el almirez elaboraba una pasta negra, compuesta de azufre y cobre, y a veces también de un poco de bismuto; fundíase ésta y saturábase aún con azufre: una solución de sal de amoníaco le daba la consistencia requerida; por fin, se extendía tal solución sobre la superficie ranurada. Al acabar esta operación me temblaban las manos y castañeteaban mis dientes del frío. Pero a continuación

venía una reacción enérgica, al acercarme a la encendida mufla. Cuando yo entregaba allí el objeto me devolvían otros cocidos ya. Había entonces que frotar, frotar fuerte e infatigablemente, con una piedra pómez, que empuñaba enérgicamente la diestra, mientras el dedo pulgar de la siniestra y los demás dedos juntos mantenían fija la cosa. Y la piedra tosca iba y venía de mi pecho al mortero panzudo, una y otra vez, y otra y otra. Hasta que mi respiración se agitaba y había que detenerse para que las gotas de sudor no lagrimeasen sobre la pasta negra... Y, tras del mortero, estaban los frascos y cucuruchos de substancias. Y más lejos, alineados, los colores, en iris opulento, seriados en la multiplicidad de sus matices: blanco de plomo, blanco de yeso, blanco de kremms, rojo de Prusia, minio, carmín, bermellón, obre de siena, cólcotar, rojo de Inglaterra, amarillo de Nápoles, que conviene no remover con espátula de hierro, porque se vuelve verde, azul de Prusia,

azul de Ultramar, negro de marfil, negro de humo. Y más allá estaba el fuego chispeando en la mufla abierta, cantando locuacísimo en la mufla cerrada. Y, roja y arrebatada por el fuego, andaba cerca la mejilla aterciopelada y redonda de una muchacha que, por nacida en Lloret de Mar, llevaba el nombre de Cristina.

Era esta Cristina quien nos administraba, al ser las diez, por tolerancia del «principal», benévola, y en colaboración con él, y en parte a sus expensas, la gracia untuosa del segundo desayuno. A las semíticas o nórdicas abominaciones del pan con tomate, o del pan con bacalao, o del pan con higo, no descendía yo, como mis camaradas. Me quedaba, clásico y helénico de mí, fiel a la alianza de la ofrenda de Ceres con el jugo de Minerva, alianza sellada por ministerio de la sal y acaso por sacrificio morenizante del fuego. No es ahora ocasión de que os diga aquí, o tal vez repita, el

elogio del pan con aceite. Temo que tuviesen algo que objetar los periodistas reaccionarios que, desde Olot, provincia de Gerona, vigilan estrechamente mi diétesis... Pero si me es grato desvelar de las profundidades de la sangre, más aún que de la superficialidad de la memoria, recuerdo de aquella ansia magnífica de alimento, de aquella gana gloriosa, de aquella «real gana», que nos fué concedida, como una bendición de los dioses, a todos los jóvenes cultivadores de la pequeña metalurgia. Era aquel apetito más fuerte que cualquier otro, distinto de los otros, no en cantidad solo, sino en calidad. Era una fuerza elísea que nos empujaba, que nos levantaba, que nos llevaba, que se hubiera dicho que nos hacía volar a un par de palmos sobre la superficie de la tierra. Mágicamente se emancipaban de la gravedad nuestros cuerpos; los sentidos se afinaban; nuestra mirada se hacía lúcida, aguda, casi horadante; las ideas se volvían claras

y ordenadamente distribuídas en círculos y sinopsis, como en los árboles de Ramón Lull. No constituía ya aquello una simple necesidad fisiológica; más bien la llamaríamos una «gracia de estado...» Sus efectos me han durado personalmente toda la vida, en salud física, en salud de mente. Ocho años en los internados, de bols de agua sucia, bajo presunción de café; ocho años de lechecitas y chocolatitos domésticos, como diana de las jornadas universitarias; diez y seis años, pues, de desayunos engullidos a todo prisa, marginados de apuntes litográficos, entre la angustia de la lección mal sabida, y la visión amenazadora del togado incómodo, hubieran podido convertirme en un gastrálgico y en un confusionario más, en un intelectual más, con las habituales taras, lacras y miserias. El trabajo manual me salvó. Debíle la vida entonces. Le debo la serenidad aún... Le deberé siempre —concluyó Maese Octavio trocando su sonrisa en una franca risotada,

en que cabían todos los perdones —la seguridad de contemplar con ojo impávido los altibajos de la suerte, y también todas las revoluciones que puedan venir a cambiarnos la sociedad. Quien tiene lengua a Roma va, reza sentencia antigua. Quien tiene manos y un corazón limpio y derecho para ponerlos en ejercicio, hallará francas todas las vías que conducen a todas las Romas de la tierra.

NO HAY MAS QUE UNA GUERRA

No hay mas que una guerra. La Europa cristiana sólo ha conocido, sólo conoce una guerra. Esta espantosa que ha concluído, ¿empezó de veras en agosto de 1914? No; empezó inmediatamente después de la muerte del señor Carlomagno.

Interrumpen esta guerra nuestra, única e inacabable, treguas cortas. ¿Veinticinco años, sesenta años? El sometido ayer, pronto pide venganza. El sumidor de ayer, exige más sumisiones.

Así hay que sonreír amargamente ante los que hoy paralogizan —o sofistican— queriendo ver en las sumisiones de hoy garantías

de larga paz. ¿Una sumisión, garantía de paz? No; sino de luchas nuevas. En la guerra magna, en la guerra única en el seno de nuestra Europa, el perpetuo *casus belli* se llama «sumisión...» «Las guerras entre cristianos —escribía Leibniz, nuestro Gran Europeo— no son sólo impías, son también ineptas...» «Querer someter a naciones civilizadas, belicosas y apasionadas de independencia, equivale a emprender una lucha interminable (a continuar, decimos nosotros, aquella lucha interminable), de la cual no se puede salir sino agotado y sin esperanza de mejora...»

¿Remedio? «Oriente, Egipto», insinuaba Leibniz en respuesta. Pero hay quien viene a pronunciar en respuesta una nueva palabra. Una nueva palabra que suena así como *Federación.*

EL HÉROE DE LÉRMONTOF

Me atrevo a esperar que, dado mi propósito puramente especulativo y filosofante, podré comenzar un pequeño análisis, sentando, en paz y gracia de Dios, los siguientes aforismos:

Primero: Pasará algún tiempo antes de que un ruso pueda volverse *dandy.*

Segundo: Nunca un militar puede volverse un *dandy.*

Al escribir estas fórmulas tengo presente en la imaginación la figura de Gregorio Alejandrovic Pechorin, ruso y militar, protagonista de la obra *Un héroe de nuestro tiempo*, de Lérmontof; de la cual acaba de salir una pulcra versión española.

Entre la innúmera prole de Byron, en la Europa de la primera mitad del siglo pasado, cuéntase Pechorin. Es el «hombre fatal», ejercitador crudelísimo del desprecio aristocrático, seductor de mujeres, frío dominador de la vida. Se tiene por un *dandy*, habla de sí mismo como de un *dandy*. No obstante el episodio titulado *La princesita Mary* nos deja sorprender, a cada página, en las observaciones, en las reflexiones, en las sentencias del héroe y en sus gestos, unas íntimas vulgaridad y rusticidad. Comparad el cinismo de Pechorin con el cinismo de Lord Harry, en *El retrato de Dorian Gray*, por ejemplo... Evidentemente, en el primer caso falta alguna cosa. Falta, hablemos claro, un poco de Eton, un poco de Oxford.

Quien se queda en el matiz Oxford es un pedante. Quien se queda en el matiz Eton, un títere. Pero hay que haber pasado personalmente por el matiz Oxford y por el matiz Eton. Y conviene también, dígase lo que se

quiera, no respirar el aire de los cuarteles. El de los campamentos, el de los campos de batalla, bien; pero el de los cuarteles, no. En la promiscuidad de éstos está fatalmente destinada a corrupción cualquier flor de arbitraria elegancia.

La aparición de ésta es favorecida, no se puede negar, por algunos aspectos de la profesión de las armas: la media ociosidad, la presencia de una servidumbre masculina, el equívoco entre el deber y deporte en algunos ejercicios (equitación, esgrima, etc.). En cambio, otros aspectos impiden, impedirán siempre, la cumplida realización dé aquella elegancia. A menudo propenderá el oficial a cierta grosería, aunque no sea mas que en el pliegue profesional adquirido por la costumbre del mando perentorio. (Compárase la manera como hablan a los criados, los personajes de Wilde y los Lérmontof). Fatalmente habrá también en el colorido y dorado uniforme una sombra de ca-

rácter pintoresco que no le permitirá compararse con el refinamiento mate que puede alcanzar el traje laico.

En el aludido episodio de *La princesita Mary* hay una réplica más ingeniosa, más aguda que las demás. Una réplica que ya empieza a parecer de Lord Harry.

—«¿No es verdad, monsieur Pechorin, dice la princesa, que el capote de soldado le sentaba mejor a monsieur Gruschnitsky?»

—«No estoy de acuerdo, contesta Pechorin, la guerrera le hace más joven...»

«Gruschnitsky (comenta el novelista) no pudo resistir a este golpe...»

¡Ay, esta palabra nos da en una sola vez la crítica del libro, la crítica del personaje, la crítica de las mejores tentativas de un *dandysmo* eslavo y militar! Pechorin se parece a Gruschnitsky más de lo que él mismo sospecha. También a Pechorin la guerrera (y la raza) le hace joven, muy joven, demasiado joven. Esta juven-

tud es la que, al contrastar, por ejemplo, con la madurez ancestral y social de un gran señor inglés, constituye el principal obstáculo a la adquisición de las formas más raras y exquisitas de la distinción personal.

OTRA NOTA SOBRE LÉRMONTOF

El duelo de *La princesita Mary* (dicen que el mismo Lérmontof perdió la vida en otro duelo así), el duelo junto al precipicio y con disparos sucesivos, no simultáneos, me parece incorrecto.

Creo que difícilmente puede encontrar gracia ante una imaginación occidental.

Nos repugna a nosotros, desde la Edad Media por lo menos, hacer intervenir el peso decisivo de un elemento declaradamente extrahu-

mano (la fatalidad de perder pie y caer al abismo) en el resultado de una cuestión entre hombres. Si la Edad Media aceptó contenciosamente elementos así, fué porque entonces se juzgó que el cómplice extrahumano a que se acudía era precisamente Dios. Dios, restablecedor del derecho... ¡Pero entre oficiales rusos de 1840, ateos naturalmente, ya no puede tratarse de Dios, sino... de la geología! Y esto es repugnante.

Me diréis que, en rigor, tan físicamente determinadas, tan pertenecientes a la zona inhumana de la naturaleza son las circunstancias que deciden que parta o no parta el tiro de un cañón de pistola, que tome esta o aquella dirección, como las que hacen resbaladizo un sendero de montaña o mortal de necesidad la caída de un alto. Tal vez sí, pero en el simple hecho de que la pistola sea hija de la industria humana hay ya un ennoblecimiento traído por la presencia del albedrío.

Se trata tal vez, en el fondo, de una cuestión de *jerarquía* entre armas; de una cuestión de armas lícitas o ilícitas, *nobles* o *villanas*. Matar por instrumento de un precipicio es como valerse de una navaja, peor que valerse de una navaja. *La utilización de la naturaleza no es cosa propia de caballeros.*

Y, sobre todo, se trata, más que de otra cosa, de un dictamen de la sensibilidad, de una cuestión de *gusto*. El héroe de Lérmontof no parece sentir en ese punto como nosotros. El mismo Lérmontof no parece sentir en este punto como nosotros.—Peor para ellos.

"EL CLAUSTRO" DE VERHAEREN

La sombra de Verhaeren ha pasado sobre las tablas mal juntas de nuestra escena, haciendo aparecer allí la fantasmagoría de algunos gru-

pos, que nuestra mirada olvidaba acaso, desde que los vió en la pintura de Benet Mercader.

Con el cual el poeta belga tiene más de un punto de parecido. Por ejemplo, la combinación del misticismo con una sensibilidad que llamaríamos *burguesa* —en el buen sentido de la palabra— y, mejor aún, *gremial*... Por esta manera de *seny*, de objetividad, de realismo, Mercader y Verhaeren se parece a la Edad Media, a la verdadera Edad Media, más que otras formas etéreas de misticismo cultivadas en el siglo XIX. Mercader es más seriamente medieval que Owerbeck, por ejemplo; y Verhaeren, infinitamente más que Tennyson.

La Edad Media se manifiesta en la aguja esbelta; pero también —conviene no olvidarlo— en la ventruda llorona de túmulo. Siempre fracasará —así fracasaron los prerrafaelitas— quien intente revivir la Edad Media con alma tan sólo; se necesitan huesos, músculos... y también un poco de grasa.

WILDE

ALGUNOS escritores, Wilde, por ejemplo, no escriben sino un libro: su antología.—*El retrato de Dorian Gray,* no es una novela: es una antología. Y también, *Bouvard* y *Pecuchet;* y también, *La tentación de San Antonio.*

En general, el culto a la perfección se expía así, cuando al culto a la perfección no se junta una ausencia absoluta de vanidad.

¡Miseria del autor condenado a la vez por la pureza de su genio y por la debilidad de su carácter a no producir sino «páginas selectas!»

Existen en arte grados supremos de realización madura y tranquila. En rigor necesitan para producirse dos circunstancias: el deseo de la perfección y el secreto del anónimo.

"MEDULLA PHILOSOPHICA"

He aquí la primera página de una «*Medulla philosophica*», escrita a imitación de la «Medulla» de Dom Butler sobre la regla de San Benito.

—*¿Qué voluntad deberá tener quien quiera hacerse filósofo?*

—Debe animarle voluntad doble de encontrar la verdad y de no reposar en ella.

—*¿Dónde buscará la verdad quien quiera hacerse filósofo?*

—Le buscará:

en las cosas dadas; y su estudio entonces serán las ciencias.

en las cosas vividas; y su estudio entonces será la vida misma.

en las cosas jugadas; y su estudio entonces será el arte.

en las cosas creadas; y su estudio entonces será la cultura.

—*¿Cómo buscará la verdad quien quiera hacerse filósofo?*

—La buscará añadiendo a cada uno de estos órdenes de estudio las inquietudes que vienen de la presencia de los demás.

Así, el investigador considerará las cosas dadas, no sólo como objetos de naturaleza, sino como experiencias vividas, es decir, representaciones; y como juegos, es decir, materia de arte; y como productos del cambio y del fluír, es decir, como históricas. (La concepción entrópica del universo le ayudará.)

Considerará el investigador las cosas vividas como dadas, es decir, materia de ciencia; y, a la vez, como jugadas y como creadas.

Considerará el arte como cosa dada y vivida y creada, a la vez que jugada.

Considerará la cultura como cosa dada y vivida y jugada, a la vez que creada.

—*¿Qué signos distinguirán a la verdad encontrada así, cuando se la encuentre?*

—La estructura de la verdad encontrada así será tan compleja, que esto mismo la situará en equilibrio inestable y no dejará que se convierta en la que los lógicos llaman «apodíctica», o sea la que excluye hostilmente la afirmación contraria, sino que la dejará en «asertoria», paciente y comprensiva de la contradicción.

—*¿En qué actitud de espíritu colocará al investigador la posesión de esta verdad?*

—Le colocará en una actitud de ironía.

—*¿No hay peligro de que confundamos la ironía con la frivolidad?*

—Zenón de Eléa, después de haber movido ágilmente su lengua en la travesura de ponerle a la razón las aporias o dificultades contra la

existencia del movimiento, desgarróse, según tradición, esta misma lengua con los dientes, para no caer en la debilidad de denunciar al Tirano los nombres de algunos compañeros suyos de conspiración.

SALIENDO DE UN FUNERAL

Ahora, sombra del gran amigo, descansa.

Descansa, porque es preciso dejarte aquí.

Hemos rezado; te dejamos embozado en la tiniebla. Ahora, descansa.

Se ha apagado la luz, salimos de puntillas.

Así la madre, cuando ha cerrado las cortinas del pequeño lecho. ¡Descansa!

No te agites. Tenemos que hacer. Si pudiéramos, permaneceríamos aún a tu lado. Pero tenemos que hacer. No te agites. ¡Descansa!

Hemos salido. Ya estamos lejos. Ya no te sentimos, sombra, respirar. Ahora, descansa.

Mañana será otro día.

RONSARD Y RENOIR

ACIERTO feliz la unión de estos dos nombres. Convendría, empero, apurarlo críticamente. Convendría establecer, de cada uno, la valoración según Inteligencia.

Valoración distinta, porque distinto es el grado de lucidez.

Ante el engaño multicolor de la Vida, Renoir es todavía *un iluso;* pero Ronsard es ya *un indulgente.*

EN ESTA HORA

En esta hora, señor, me oprime la nostalgia al pensar en la dulzura de aquellos caminos de cada día.

«No se sabe todo lo que hay en un minué» —decía el piadoso Marcel, el maestro corógrafo sietecentista, citado repetidamente por Wanda Landowska y por mí—. No se sabe todo lo que hay en el humilde itinerario de un humilde diario quehacer.

¡Señor, bendita sea la ruta habitual! Bendita la ruta cotidiana, en que no podríamos equivocarnos, pero de que tampoco sabríamos dar razón.

Ya lo he contado antes. Esto era una lejana

ciudad; y yo, un estudiante. Trabajaba cada día en cierto laboratorio, anejo a un hospital, en un pequeño municipio suburbano. Así pasaron seis meses y el camino se me había vuelto amistoso.

Preguntáronme un día:

—¿Y qué le parece a usted el monumento?

—¿El monumento? —contestó mi perplejidad.

—El monumento de la plaza.

—¿De qué plaza?

—¡Si cada día pasa usted por ella! ¡Si el tranvía le deja al pie!...

Yo no había aún advertido el monumento de aquella plaza en que cada mañana me dejaba el tranvía. Pero veréis: otra buena mañana, siete años más tarde, y cuando la lejana ciudad estaba más lejos que nunca, el viento trajo, indeciso y ligero, a mi sentido un cierto olor. Este olor se parecía a no sé qué otro olor de allá. Y ello bastó para devolver completa y acariciadoramente a la memoria, imagen de la

ruta habitual, de la ruta cotidiana, y del pueblo chico, y del tranvía, y del hospital con su laboratorio, y hasta del monumento.

En cada ruta de que nos alejamos para siempre se queda un jirón de nuestra vida. Una nostalgia lo aleja; un perfume puede volverlo a traer.

Pero hay una cosa que se llama el deber, y, siendo tal vez más vaga que todos los perfumes, es seguramente más fuerte que todas las nostalgias.

ORGANISMO O CRISTAL

Y luego hay mucho más arriba que el olfato y el corazón: lo supremo, la inteligencia. Démonos a su libre ejercicio, que es un juego, y a la vez una irrecusable dominación.

Si la vida es sueño... —La vida no es sueño, sino arte—. No importa, aunque fuese sueño.

Obrar bien es lo que importa
por si llega el despertar,

dijo Calderón. Digamos, además, nosotros:

Razonar *bien es lo que importa*
por si llega el despertar.

Razonemos, pues, sobre la estructura social, en ocasión de sus agitaciones, estos días.

Bien que concibamos la sociedad humana como una estructura. Pero ¿qué razón hay para que sea —según la metáfora que los teorizadores del derecho político han vuelto casi inevitable, *un organismo*, precisamente? ¿Por qué no *un cristal*?

Dejemos intacta la cuestión sobre la posible vida de los cristales. Olvidemos a Herrera y a los mineŕologos de Alemania que propugnan la tesis de los «cristales fluidos». —Pártase aquí de la distinción, convencional si se quiere, entre estructuras que tienden a la estabilidad y estructuras que tienden a la mutación. —En *un cristal*, entendido así, la forma circunscrita se dispone siempre, una vez lograda, a volverse definitiva. *Un organismo*, al contrario, representa, según los biólogos, un simple eslabón en una cadena sin fin, campada en el círculo del tiempo.

Tomemos ahora para la sociedad la comparación del organismo; de adoptarla literalmente, todo valor *clásico* habrá desaparecido de aquélla. Fluír es escribir, y borrar, y de nuevo, escribir y borrar. «No nos bañamos dos veces —dijo Heráclito —¡el primer grande romántico tal vez!— en un mismo río». La escultura griega, como cualquier otro producto, no significará, para aquel organismo, sino una secreción más; no se conserve, elimínese; habrá inevitablemente en su presencia algún tóxico.

Al revés, queramos ahora ver en la sociedad posibilidades de estructura cristalina; los valores *clásicos* emergirán entonces como poliedros ejemplares de la fluidez de la cultura, y constituirán para ella otras tantas adquisiciones y enriquecimientos definitivos. La estatua del Doríforo será un enriquecimiento así; las Tablas de Moisés, con sus intangibles Mandamientos, otro. La *Geometría* de Euclides, otro. El castellano del *Quijote*, otro. Y acaso la Declaración

de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. sea un poliedro, así, un perfecto cristal.

Un buen revolucionario se embriagará siempre ante el espectáculo de la actividad de un organismo; pero un buen conservador puede que suspire a menudo por la perfección de los cristales. Y otros, que no son precisamente conservadores, también.

ARTE VASCO

Si yo quisiese ver en la Raza, a la manera del conde Gobineau o de Woltmann, un factor preciso de riguroso determinismo mecánico, nada me turbaría tanto como el actual florecimiento de la pintura vasca —a no ser el de la música en Cataluña... Pero me parece que en último término, hablar de «raza ibérica» o de «raza germánica» es lo mismo que decir «Mediterráneo» o «*Teresa*». Se trata de símbolos.

Así puedo sin inquietud descubrir y valorar el temple clásico en un Mogrobejo o un Arteta, no menos que, recíprocamente, el sentimentalismo hondo en Isaac Albéniz o Pep Ventura.

Y cuenta que el nombre del maestro de las

sardanas no es traído ahora por que sí. Es traído precisamente por lo poco que tuvo que ver con la música llamada espontánea o popular. Pep Ventura fué, en sentido estricto, un artista; tal vez el más aristocrático de los nuestros. —Ni tampoco se cita a Arteta al azar entre los vascos de hoy; que si etnográficos, documentales y pasionales son Zuloaga y Maeztu, Salaverría y Tellaeche, los Zubiaurre y los Arrúe, aquel semi-florentino me parece ya un pintor puro —que vale casi como decir un escultor. («El color, ha escrito Manuel Losada, es como la flor del buen modelado»).

Dos libros han aparecido recientemente sobre arte vasco. Uno en 1919, *La pintura vasca* de colaboración plural y antológica; otro, ahora, *La trama del arte vasco*, con texto de Juan de la Encina. En cierta contradicción con los títulos respectivos hay lugar en el primer libro para Magrobejo; en el segundo, no.

Los estudiosos leerán las páginas de Juan

de la Encina como cosa excelente y bien trabajada. Las que se reunen en *La pintura vasca*, también. Sólo la mía, que los compiladores han tenido la bondad de reproducir, es de una improvisación licenciosa. Pero no tengo yo la culpa, pues los compiladores han tomado el fragmento de una carta particular, en vez de tomarse el trabajo de buscar cierto artículo del mismo autor sobre el mismo tema. De todos modos, más agradezco la honra que lamento la prisa.

Luego, en este último volumen encuentro mejor que en el otro preocupaciones hermanas a las mías. Italia y la devoción a Italia campean en el prólogo tenso, en que la pluma de Pedro Mourlane se traiciona. Y Rafael Sánchez Mazas, en verso, ha descrito todo un ideal de arte con pretexto de describir una mujer *de perfil noble y aldeano — entre italiano y vizcaíno — por lo que tenía de aire dulce— y lo que tenía de ritmo antiguo.*

ANGEL DE MI GUARDA

Hacia el cuarto siglo cristriano fijóse el criterio ortodoxo acerca de la devoción a los ángeles. Un concilio celebrado en Laodeicea, probablemente en la cuarta década del siglo, y cuyas decisiones entraron a formar parte del cuerpo de cánones aprobado por el ecunémico de Calcedonia, insertó, en su proposición treinta y cinco, una prohibición para los cristianos de asistir a ciertas asambleas particulares en que los ángeles eran invocados y obsequiados con determinadas formas de culto. Parece referirse este veto a las agitaciones de una secta que después los historiadores eclesiásticos han llamado *de los Angélicos;* sobre cuya doctrina

se proponen varias hipótesis, siendo lo más probable que practicasen, separada y exclusivamente, aquella especie de adoración. Porque la creencia y reverencia en sí mismas nunca fueron prohibidas, antes recomendadas. Y San Ambrosio, obispo de Milán, las hizo por fin prevalecer canónicamente, en especial las del Angel de la Guarda, protector e inspirador del alma del hombre, mensajero de ella en los caminos de Dios.

Almas hay a quien probablemente la ausencia de semejante compañía, concretada en una u otra forma, sumiría en angustias de desamparo. Testigo Sócrates; que siempre en conversación y siempre en la plaza pública —dígase agorero para no decir bulevardero—, hubiera sido, sin embargo, el más solitario de los hombres, a no haber descubierto, aun privado de luces de gracia, la presencia invisible de aquel Espíritu o «Demonio» familiar, especializado de precaverle de malos pasos. Del *Daimón* so-

crático, de aquel que nada tuvo que advertir el día de sentenciarse el proceso —probando así al filósofo que la muerte no era necesariamente un mal—, contó su patrocinado los avisos, no las invocaciones; pero invocaciones debieron de existir más que avisos; preguntas más que respuestas; un diálogo, en suma, medicina tónica y alegre contra la íntima soledad.

En rigor, aquí está el secreto de la vida espiritual toda. Espíritu quiere decir dualidad; pensamiento quiere decir diálogo.

DEHMEL

VEO ahora con claridad que Richard Dehmel no ha sido en el rigor de los términos un gran poeta. Pude así creerlo hace diez años, al dar al Glosario, desde Munich, unas notas sobre la novísima literatura alemana. Primerizo, confundía entonces dos cosas: confundía a Dehmel, que no es gran poeta, con el alemán, que es una gran lengua poética. Atribuía al verso méritos que tal vez eran sólo de sus palabras; y a las palabras, méritos que tal vez eran sólo de sus vocales.

Estas vocales, aquellas palabras, aquellos versos, ascienden y descienden demasiado vertiginosamente por las escalas del valor. Hay en

la poesía de Richard Dehmel sobra de elementos impuros. Si se me tolerase el innoble símil, recordaría aquella «picadura» en que los fumadores españoles encuentran —o encontraban, en tiempos para ellos más felices— tronchos, pelos, a veces bramantes o botones... Menos groseramente, hablaríamos de aquellas pequeñas zonas ásperas, *muertas*, resistentes al pulimento, ofensivas al tacto acariciador, que presenta a veces la madera no muy delicada; hablaríamos de *nudos*, o en lenguaje dinámico, *premiosidad*—. No se trata, es claro, de la premiosidad material y técnica, que traiciona a la inspiración cuando no coincide completamente con la vocación (y que subsiste a veces aun en autores principales, como, entre nosotros, José María Sert, en la pintura; Lopez-Picó, en el verso; en contraste con la seguridad dichosa que enlaza, por ejemplo, al dibujante Obiols con la paternidad de Rafael, al poeta Sagarra, con la del Ariosto); no se trata tam-

poco del puro *ripio*, escoria que la alquimia crítica conoce y separa con facilidad. Sino de algo casi inevitable en los artistas llamados «decadentes», entre los cuales el autor de *Zwei Menschen* pudo inscribirse; y que tal vez en definitiva no es otra cosa que una consecuencia de la promiscuidad entre lo decorativo y lo emotivo, entre la ornamentación y la estructura. Promiscuidad siempre traducida en elementos de dificultad interior.

Un poema no ha de ser —volvamos a símbolos de estanco— como aquellos viejos «Susini» o como ciertos «Muratti» que arden solos y tan a prisa; ni tampoco como esos cigarros de poco coste que se apagan continuamente; sino como un habano perfecto que «tira» bien, a condición de un trabajo inteligente en el fumador—, en este caso, el lector.

WEDEKIND

Dicen que en Alemania faltan ahora muchas cosas. Pero antes había de todo. Productos manufacturados, como naturales, como espirituales.

Había un elenco de poesía «Fin de Siglo» completo. Liliencron era un Verlaine, traducido a optimista. Stephan George, un Baudelaire, casi sin traducir. Hoffmansthal, un D'Annunzio.

El «Fin de Siglo» alemán necesitaba también un Montmartre; éste fué Wedekind.

Tal vez por eso tuvo el artista, aun en lo físico, el aspecto de una colina.

ESPÍAS, GUITARRAS

Sospecho que M. René Bizet tendrá amistad con Pío Baroja. La manera de ofrecerme aquél su novela *L'Aventure aux Guilares*, y el hecho de que, a pocas páginas de lectura, el escenario de Vera del Bidasoa venga a continuar el de Hendaya, inducen a creerlo así. —O será tal vez que uno salga de esas narraciones sobre hazañas de espías y contraespías con cierta propensión a interpretar audazmente indicios muy ligeros.

He dicho escenario de Hendaya o de Vera, no paisaje. En la novela de M. Bizet casi no hay otra cosa que acción. Amigo de la aventura, voluntariamente ceñido a la aventura, patro-

cinado su libro, según texto de la dedicatoria por «Roberto-Luis Stevenson, Poeta de la Aventura», el autor sabe sobradamente que un placer literario de este orden siempre tendrá nota de exclusivo. Y que los gustadores de Mayne-Reid jamás se detienen a admirar la corriente majestuosa de los grandes ríos, ni los jóvenes lectores de Julio Verne a aprender las postizas lecciones de geología o de mecánica que, entre sacudida y sacudida de diálogo, le plugo al novelista insertar.

No puede negarse; hoy ocurre en poesía que la imaginación reclama su fuero. Uno de los capítulos de esta reclamación se cifra en cierto renacimiento de la novela de aventuras. Por ahí avanza René Bizet, como antes su presunto amigo Pío Baroja, con la no del todo lograda aspiración al folletín, y André Gide que, en *Les caves du Vatica*, gozóse, un poco o un mucho irónicamente, en un Carnaval de Contingencia. Sólo que, si André Gide es un cosmo-

polita con algo de inglés; y Baroja, un vasco, también con cierto britanismo, René Bizet —aunque me dicen ser de profesión marinera—, me parece ligado extremadamente, no sólo a Francia, sino a la tierra de Francia. La tierra de Francia, es decir, la tierra de la racionalidad. La tierra en que, si llega a aparecer un libro que se llama *Atlántida* no hay que ver seguramente en el hecho otra cosa que un pequeño negocio.

Así, pues, en *L'Aventure aux Guitares*, las guitarras de la aventura suenan con muy discreto compás. Y los papeles de espía aparecen prudente y patrióticamente repartidos, como en un libro educativo de estampas paralelas; se respeta la salvadora clasificación entre espías y contraespías; clasificación que —he de confesarlo— no he comprendido jamás del todo. Los ojos de los primeros son duros, las canas de los segundos son venerables. No hay aquí rastro de aquella simpatía romántica por

el protervo, en tanto que *intenso* —o simplemente, en tanto que *activo*— transparentada muchas veces, incluso en el mismo obletivismo cinema... El azar, por otro lado, es en esta novela un azar modesto; no se entrega a un lujurioso carnaval como en Gide, sino a una módica excursión dominical. Un azar bastante sensato, que si no se permite grandes sorpresas, tampoco deja cabos libres, ni nos tortura con enigmas de inquietud.

Para que todo sea razonable en este libro de aventuras, lo son las mismas españoladas. Barcelona, la plaza de Cataluña y la «calle Barbará» están en su punto. Sólo el puerto barcelonés me parece en *L'Aventure aux Guitares* demasiado enriquecido de color y de perfumes, de loros y micos; y nuestra Banda municipal y el público que suele escucharla, ligeramente calumniados. Porque no es cierto que, en la realidad de las cosas, ella anima la plaza de Cataluña con «valses ligeros», que él oiga «fu-

mando y hablando alto»; sino que éste escucha compungidamente, mirada lejana y cejas juntas, obras de Wagner, Berlioz, y otras cosas graves que arrebata y se lleva el viento como testimonio de recuerdo que las palmeras de la plaza envían a los pinos del Norte, correspondiendo al mensaje telepático de la balada famosa.

CARTA ABIERTA AL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Parece que en ocasión de estudiarse el nuevo presupuesto de Instrucción Pública se ha dibujado alguna tendencia que incluye peligro para la continuación del Instituto de segunda enseñanza de Figueras. La alarma producida por esta noticia ha dado lugar, como podía esperarse, a cierto movimiento protestatario en la importante capital del Ampurdán.

»Digo que este movimiento podía esperarse y no me perdonaría dejar que mis palabras no se interpretasen en el verdadero sentido. Figueras no es ciudad a la cual se apliquen fácilmente las normas usuales de la psicología

colectiva provinciana. Puede usted tener la seguridad, mi distinguido amigo, de que si ella ahora se agita en defensa de su Instituto, ningún pequeño interés material, ninguna mezquina inspiración a lo mercader de lonja o a la patrona de hospedaje, la impulsa. En ocasiones anteriores, tratándose de una guarnición o de un presidio, Figueras ha demostrado, con la elocuencia de los hechos, cuán por debajo caen, en su tabla de valores móviles de aquella índole, ante las exigencias del espíritu. Pero hoy se trata del espíritu, precisamente: se trata de secundar o contrariar el esfuerzo abnegado que allí realiza en estos momentos una selección laboriosa en beneficio de la cultura pública.

»Conocedor íntimo de este esfuerzo de su intensidad y sentido, me creo en el deber de tomar parte en la causa, compareciendo ante usted como testigo: ya que, por razones que usted conoce, no pueda hoy hacerlo con el

carácter de abogado con que me hubiera honrado hasta ayer mismo; siempre con la adelantada seguridad de encontrar en usted la simpatía que en ninguna ocasión pudo desmentirse, por los intereses ideales superiores. Si éstos merecen alguna consideración, el Instituto de segunda enseñanza de Figueras no debe suprimirse, antes mejorarse y verse atendido con más esmero y dotado con mayor amplitud de los medios indispensables, no sólo para cumplir su cometido en relación con la habitual clientela de una adolescencia escolar, sino para irradiarlo en una población que arde precisamente en deseos de aprender, y que está para ello magníficamente preparada; irradiación que podría lograrse en obras y empresas dentro del tipo conocido por *extensión universitaria* u otros semejantes.

»En cualquier caso sería un error atenerse, en la distribución de establecimientos de enseñanza y en su calificación y jerarquía, a razo-

nes mecánicas de puro milde administrativo y de estadística demográfica. Un orden de imponderables ha de entrar en juego. Debe atenderse, por ejemplo, a que Figueras tiene una tradición ideológica, un hábito de agitación intelectual e incluso una sensibilidad ambiente que en más de una ocasión —recientemente algunos amigos estamos recibiendo de ello pruebas de las que no se olvidan— ha llegado a compensar omisiones o inferioridades de otros lugares de Cataluña.

»Por encima de esta característica tradición local, hoy una nueva y coherente lucha por la cultura se está desarrollando en Figueras. La población se ha embellecido, según inspiraciones de gusto clásico, que convierten algún lugar y aspecto de la ciudad en dichosa garantía de que el mal gusto con que otros aspectos, especialmente arquitectónicos, de Cataluña nos avergüenzan, ha sido sólo enfermedad o vicio de una generación, no permanente y de-

masiado triste disposición de la raza. La Prensa de Figueras, por su constante atención al espíritu de las cosas de arte y civilidad, honra también a todo nuestro pueblo. La fidelidad del recuerdo ciudadano a glorias allí nacidas, como Narciso Monturiol, fidelidad no expresada en conmemoraciones hueras, sino en trabajos de investigación y biografía, dibuja una nota todavía de aristocracia intelectual; como también la curiosidad por las artes, que ha dotado alguna de las colecciones particulares de Figueras de pinturas que enorgullecerían cualquier museo del mundo. Conocido es de España entera el ambiente de tolerancia que encuentran en Figueras las posiciones menos corrientes de ideología política y de conciencia religiosa. La música más delicada, los ensayos más atrevidos de renovación en la técnica teatral disponen también en la capital ampurdanesa de auditorio simpático. No olvidemos en esta enumeración de garantías

de vida espiritual que Figueras ofrece su ardiente deseo de una Biblioteca, deseo que ahora Dios sabe cuándo será servido y de qué manera, pero que, en la voluntad auténtica del pueblo, no puede ser más impaciente ni de tendencia más liberal.

»Representaría un grave pecado arrebatar a este conjunto de esfuerzos la disposición de uno de los órganos con que cuenta para la estructura armoniosa de la mañana. Ignoro qué clase de dificultades sufre actualmente el Instituto de Figueras; pero sé lo que mañana podrá representar un organismo de esta índole que alcanzase a recibir el soplo de la vida ciudadana e influír a su vez en ella, en generosa reciprocidad. Esta simple posibilidad es ya sagrada y debería convertir aquella institución en inviolable.

»Mucho le estimaría, mi distinguido amigo y ministro, que tuviese usted en cuenta las manifestaciones que sin vacilación, categóricamen-

te, me he atrevido a hacerle, en la esperanza de que tome en cuenta para apreciarlas cualquier título que yo pudiese tener para su garantía. Y, si no otro, el de mi devota amistad.»

BERTRAND RUSSELL

Ahora es de veras. Estamos en las alturas. Cuando un hombre como Henri Poincaré sonreía un poco de la definición de la unidad aritmética por Bertrand Russell, lo hacía como un augur de otro. Augur, en condiciones de cumplida igualdad.

Y también, como en el caso de los augures, porque los dos *estaban en el secreto.* Estaban en el secreto del valor de la ciencia y de su coeficiente de convención.

Los extremos se tocan, el círculo se cierra El extremo pragmatismo y el extremo racionalismo llegan a parecerse en el amor al símbolo

y en la poca obediencia a las ingenuas ilusiones de objetividad.

«Los objetos de los sentidos, incluso cuando se dan en los sueños, dice Bernard Russell, son los objetos más indudablemente reales que conocemos». Al contrario, el objeto de la Filosofía no es lo real, sino *lo posible.* Por esto precisamente puede ser segura.

Tan seguro del objeto de sus especulaciones sobre lo posible ha estado Bernard Russell, que por defender algunas de sus conclusiones con ánimo heroico fué destituído en la Universidad de Cambridge y pagó cien libras de multa y permaneció seis meses en la cárcel. Allí escribió una obra admirable: sus *Principios de filosofía matemática.* Probablemente a su alrededor las cosas *reales* eran muy otras —la cosa *real,* la triste cosa *real* era entonces en el exterior el sueño patriótico y guerrero—; pero él no se ocupaba sino de las *seguras,* es decir, de la Verdad.

Bertrand Russell era un servidor muy fiel de la Verdad. Viene por ella a pelear, nórdico y caballeresco, junto a los mares de la Belleza.

Después que nos hayan hablado de la Verdad, procuraremos que nos hablen de la Relatividad. Después de Russell, también para profesar un curso monográfico, procuraremos que venga Einstein.

A TEIXEIRA DE PASCOAES

No olvidaremos nunca, Texeira de Pascoaes, que en la primavera de 1918 vivimos unas sesemanas en tu compañía. Viniste a profesar en nuestro Seminario filosófico un curso sobre los poetas portugueses. Te tuvimos al lado, como padrino de rumbo, en ocasión del bautizo de nuestra primogénita Biblioteca Popular. Nos recitaste tus elegías y las elegías de tus hermanos de raza. Una tarde nos hiciste llorar con cantos populares y con los de Frei Agostinho da Cruz. Otra tarde lloraste tú, porque subías al tren, en la asfixia apesadumbrada del mes de julio.

Entonces, nosotros corrimos a encerrarnos

en la sala del Seminario joven, todavía oloroso a madera. Y al pie de tu retrato, antes de prenderlo sobre el muro, escribimos unas palabras de nostalgia:

Era, com San Francesc, brunet y magistró;
l'alsada, curta; els ulls, ardents de passió,
i en qualsevol paraula, caieut d'oració.

Venía simplement, un poc desorientat
(Duia damunt la testa un barretet torsat);
amb ganyotes de simi, innocencies d'albat.

En dites les cansóns, se n' aná com venía.
Ens partirém el pá amb ell, i l'ambrosía.
Ens deixava una flor; i era la simpatía.

(Era, como San Francisco, morenito y flacucho —la talla, corta; los ojos, ardientes de pasión—, y en cualquier palabra, un aire de oración.

Venía sencillamente, un poco desorientado —(Llevaba sobre la cabeza un sombrerillo torcido)—; con muecas simiescas, inocencias de recién nacido.

En cuanto hubo dicho las canciones, se marchó como había venido. —Nos partimos con él el pan y la ambrosía—. Nos dejaba una flor, y era la simpatía.)

LA NOCHE DE SAN JUAN

De toda tu estancia, querido Pascoaes, el recuerdo más extraño es el de la verbena de San Juan. Tú, ahora, en el prólogo del nuevo libro *Os poetas lusiadas,* resumen de las lecciones del curso, has evocado o, mejor, *lembrado* la imagen de aquella noche en que el Tibidabo nos pareció, desde la cima, un panal de fuego entre el avispero de chispas, que eran las luces de la ciudad encendiéndose en la fluidez del largo crepúsculo... Tú has evocado, de aquella noche, el esplendor inicial, no la final melancolía.

Una cátedra de literatura portuguesa en Barcelona, catalana en Lisboa o en Oporto, pro-

yectaba yo. Tú sonreías, indulgente e incrédulo. —«Mira que el plan ya está trazado, que voy de perfecto acuerdo con vuestro ministro». —«Es imposible —me replicabas— que hoy en Portugal un ministro realice nada que exija espíritu de continuidad. Nuestro país no es un país normal como el vuestro...» Te miré entonces, fijo, en el rostro, pues no conocía aún tu candor sin mancha. Te miré en el rostro para ver si sonreías todavía. Y en los ojos, por si sonreías por dentro y lo recatabas...

Pero ya se habían apagado las hogueras; y sin el incendio de la montaña, las pobres lucecitas de la ciudad se quedaron desamparadas y desnudas.

EL PRÓLOGO DE «OS POETAS LUSIADAS»

No sonreías. Bien lo comprendo hoy al leer las últimas páginas de aquel prólogo, en que Cataluña es puesta en parangón con Portugal.

«Nuestro arte —dices— es más conmovido, imperfecto y doloroso. La *Lembranza,* divorciada de la esperanza, apaga el sentimiento en nocturnos brumosos. A veces se presenta el Infinito, constelado de lágrimas. El arte catalán es sereno y plástico. La Esperanza, iluminando y definiendo los sentimientos, dales el nítido y alegre relieve que el sol imprime a las cosas.»

Tal vez; pero no tan seguro, ya que, en otro

orden de esfuerzos, la «armonía, el orden, la disciplina» que encontraste, hubiesen de volverse «cada vez más poderosos y constructivos». Esto era en 1918. La muerte ya nos había dado entonces un golpe. Luego, otros vinieron; la anarquía, una anarquía como la que tú denuncias en Portugal, con futuristas «de bomba» o patriotas de telaraña». Y cada día se necesita más esfuerzo para obedecer aquí «las leyes de la vida» y no «las leyes de la muerte», de que hablas tú.

Pero ¿qué importa? A cada verbena de San Juan encenderemos hogueras jóvenes. Alguna vez será que el incendio vaya de veras.

¿PORTUGAL, MOSCOVITA?

Cataluña no habrá entrado tan definitivamente como queríamos por los caminos de la ordenación clásica. Pero de esto a la afirmación que haces, querido poeta, de que Portugal es «moscovita por norte, sur, este y oeste», hay no poco que andar. Esta palabra tuya nos asusta más que sorprende.

Sorprendernos, no demasiado. Porque ya llevamos muy repetido que hay una Europa periférica, enlazada por un sentido místico, opuesta al sentido estético de la Europa central. El Imperio de Carlomagno tiene su ley.

Otra es la ley íntima de Rusia, Inglaterra, España, y de Portugal, es claro. Cuando en 1916 escribíamos estas cosas, muchos aquí se escandalizaron. Pero ahora llegas tú y nos dices del eslavismo de tu patria.

ATLÁNTIDA

Vale más que tu patria no se ponga a escuela de Oriente, de Rusia, ni siquiera de Cataluña, sino Occidente, que es América, y, más que América, *Atlántida*.

Hay una Europa; nosotros somos devotos de ella. Hay, contra Europa, una Atlántida. Atlántida invisible en su cuerpo, pero bien visible en sus brazos: América, Inglaterra, Iberia, Africa.

Hasta hace poco, el europeo ha creído que podía emplear como sinónimas las expresiones «civilización europea», «civilización occidental». Los recuerdos clásicos de Maratón y Salamina tiranizaban las mentes. La gran guerra y

su epílogo vienen, por ventura, a mostrarnos que aquellas fórmulas son, más que distintas, contrarias. «Civilización occidental» quiere decir la de Atlántida, y no la de Europa.

¿Metrópoli de esta civilización? ¿Qué importa esta o aquella capital? Londres o Nueva York, Lisboa o Buenos Aires...

La verdadera capital, la verdadera metrópoli de Atlántida está sepultada en el mar.

EN AMARANTE

CUANDO el coche os lleva en Amarante desde la estación hasta la casona de Teixeira de Pascoaes, tuerce de pronto para cruzar un puente junto a una iglesia. Una capillita, desde el muro de ésta, preside aquel giro, como para librar de daño al viajero que devotamente la saluda. Y tanto como la Virgen de esta capilla, pocas imágenes os impresionarán en el mundo.

No «Maternidad», es decir, la Madre con el niño al pecho. No tampoco «Piedad» o «Dolorosa», con el cuerpo muerto del Hijo, en el tempestuoso faldar, sino Maternidad y Piedad a la vez. El Hijo está allí, adulto y barbudo; pero la Madre *no le deja, muerto, descansar*

sobre las rodillas, sino que le aúpa, vivo, hasta el pecho.

Os sobrecoge en seguida la impresión de haber descubierto una verdad eterna, de estar en presencia, no de un episodio, sino de una categoría. Lejos de aquí, la *escultura de género;* lejos también, la *maternidad de género...* Ya, con trascender simbólicamente del tiempo de infancia, la maternidad se emancipa del reino de la biología para entrar en el imperio de la dignidad. Nada zoológico queda en ella.

Yo, que soy cada día más feminista —más partidario de la entrada de la mujer en el imperio de la dignidad—, quisiera que una estampa de la Madona de Amarante presidiese la sala de reunión de nuestras sociedades feministas, si las tenemos, y si las que tenemos pueden permitirse el lujo de una sala de reunión o de una «almena que puedan decir que es suya». Como la Madona de Amarante representa a la Maternidad emancipada de la biología, el Femi-

nismo aspira a la misma emancipación respecto a la Feminidad.

Y jamás serán otra cosa que obscenidades sin sentido las objeciones que, desde el terreno de las ciencias naturales, se pueda hacer contra la idea de Virgen-Madre o contra la de Mujer-Ciudadano.

LA NATURALEZA CRUCIFICADA

Un misterio, una categoría, a la orilla zurda de la que el mismo Teixeira de Pascoaes ha llamado, en sabrosa adjetivación, *«a agua melindrosa do Tamega»*. A la otra orilla, en la misma casa del poeta amigo, en su pensamiento y en su obra y en el ideal que ha dado a su patria, otra categoría, otro misterio. Si aquél se podría llamar misterio del Seno inagotable, éste es el misterio de la Naturaleza crucificada.

La expresión «Naturaleza crucificada» no es mía. La dijo ya el poeta cuando la primera lección de su docencia sobre el lirismo portugués, en nuestros cursos monográficos en tiempos

en que los cursos monográficos invitaban *realmente* a sus profesores—. La repite ahora, desde las primeras páginas del libro «*Os poetas lusiadas*», que ha recogido aquellas lecciones. Pero como en este libro la prosa balbucea un poco, uno se queda sin saber si esto es para Teixeira de Pascoaes un símbolo o, simplemente, una alegoría.

No importa, sépalo él o no; quiéralo o no; llegue o no por la reflexión a este concepto, toda la poesía de los *saudosos* —ellos dirían que toda la poesía de Portugal— es una crucifixión de la Naturaleza.

«El sueño de un pueblo soñado por sus poetas, que son los elegidos de su alma», es aquí un sueño de Jueves Santo; una visión —salvo el horror, que aquí es dulzura— a lo Catalina Emmerich.

REDENCIÓN

PARA qué crucificar a la Naturaleza? Para redimirla. Pero la Naturaleza —se entiende la Naturaleza aparte del hombre—, ¿necesita redención? Tal vez.

Es una antigua controversia teológica. La caída de Adán corrompe también al mundo. Quien desde entonces está sujeto a la muerte, no es únicamente los gemidores, los hijos de Eva, sino la avecilla de los cielos y el lirio del valle, emancipados de la ley del trabajo, y de cuyo sustento y vestido cura directamente el Señor. Ahora, si todo el Universo cae por el pecado del primer hombre, ¿todo el Universo se redime en la sangre del Cristo? Creyéronlo

algunos teólogos; otros no lo creyeron. Parece que la cuestión persistió algún tiempo entre dominicos y franciscanos. Probablemente no necesito decir de qué parte era adoptada la solución optimista.

Por ventura, en el panteísmo filosófico, y, sobre todo, en el poético, caben también las dos soluciones. El panteísmo ha sido generalmente optimista. Todo lo absuelve. Encuentra que

«tot es bell
el vert i el vermell».

Repuguando esencialmente a la dualidad, repugna en lo profundo a la noción misma de pecado. Pero puede darse también un panteísmo pesimista. Habrá pecado a condición de que todo el mundo sea pecado. Conoció este panteísmo el Oriente. Cabe que el extremo Occidente lo conozca también. (Teixeira de Pas-

coaes dice en *Os poetas lusiadas*, que Portugal es moscovita por norte, sur, este y oeste».)

Surge entonces la necesidad ideológica, por lo menos el deseo, de una lenta crucifixión de la Naturaleza. ¿Cuál es el cuerpo de la Naturaleza? Sus límites. ¿Cuál será Cruz? Aquello que mejor la aflige con la presencia de lo ilimitado, de lo infinito.

APARECE EL MAR

El cuerpo de la Naturaleza son las Patrias. La cruz para la Naturaleza es el Oceano.

La redención vendrá lentamente de sacrificio de una patria, crucificada por el mar.

"NAO CATHARINETA"

Un romance popular portugués se llama *Nao Catharineta*. Dos versos de él cantan toda la historia trágica de la patria lusa:

A minha alma é so de Deus,
O corpo don eu-o eu ao mar...

NACIONES, UNIONES

Si entendemos «Nación» en el sentido de unidad y autonomía de cultura —de unidad y de autonomía a la vez—, sólo hubo en Europa, hasta ya entrada la Edad Moderna, tres naciones: nosotros, que tuvimos a Lulio; Italia, que tuvo al Dante; Alemania, que tuvo la *Theología Deutsch*. Es decir, el primer pueblo que hace obra de pensamiento en lengua vernácula; el primero que canta magnamente en lengua vernácula; el primero, desde el emperador Juliano, que piensa en dar a la religión una plasmación decididamente nacional.

Tres naciones, en la Edad Media. Todo lo que

no es esto, es Iglesia, o bien Imperio, o bien Anarquía.

Pero Lulio, que antes que nadie *piensa* una Nación, es también el primero que, pura, flexible, dialécticamente, ha pensado en una inteligencia de Naciones, aparte del Imperio, aparte de la Iglesia misma, toda vez que en la comunidad que él soñaba habían de entrar también judíos y musulmanes —entrar para discutir— ¡pero, al fin, entrar!...

Lulio es el primero que supo fuertemente sentir, a la vez, y dentro de un impulso único y de una fiebre única, el amor a lo propio y el amor a lo universal.

WILLIAM MORRIS

Sobre el gran esteta, un libro nuevo de G. Vidalenc. Llegado el volumen a la biblioteca del Ateneo Barcelonés, parece estos días muy consultado. A veces se acerca cautelosamente a hojearlo algún viejecillo señor, de mejillas con bolsas y brillo de ojos mal extinto. Probablemente va engañado por alguna referencia chabacana, como la que ha popularizado una opinión del señor Puig y Cadafalch, quien considera a William Morris como autor libertino; porque a poco el consultante adquiere aspecto de no haber hallado lo que apetecía, y deja el casto libro, con un gesto de decepción.

Lectores de más noble curiosidad encuentran allí, en cambio, el goce que buscan. En-

cuentran nuevo contacto con el puro idealismo de aquel hombre, de quien —todavía en plena juventud ambos—, pudo Borne-Jones escribir: «Le llena el entusiasmo por las cosas santas, bellas y verdaderas, y, lo que es más raro, las comprende y juzga a la perfección. Ha impregnado todo mi ser de la belleza del suyo; y no hay un sólo beneficio que yo agradezca más a Dios que el de su amistad».

Basta con ver un retrato de William Morris para comprender la elevación, la dignidad perfecta del aristocrático artesano de Merton Abbey y de Orpington. Pero ni la información mejor documentada valdría para darnos idea cabal de su actividad e influencia. En el arte decorativo moderno, él fué quien trajo las gallinas; en fuentes de Orpington y de Merton Abbey bebió hace treinta años toda la estética europea; y los arquitectos de la última promoción ochocentista se inspiraron unánimemente en las creaciones de aquel que, en sus días de

Oxford, no había pasado de ayudante del arquitecto Streat.

Ni nunca, de cotidiano trabajador. Pero él, ¿qué ambicionaba, sino eso? En 1876, cuando la fuerte crisis económica de su empresa de Red Lion Square, le decía Morris a un amigo:

—Tengo hoy tantos cuidados, tantas esperanzas y temores, que *no encuentro tiempo para ser verdaderamente pobre;* porque esto destruiría mi libertad de trabajo, que es mi alegría más querida.

De William Morris puede copiarse fácilmente un motivo ornamental, un croquis floral para papel pintado. Pero esta serenidad, esta belleza de espíritu, ya son más difíciles de copiar.

¿INTERCAMBIO?

El señor Henri ha dado en la Universidad Industrial de Barcelona unas lecciones. Por el procedimiento del «¡Te bautizo, carpa!», estas lecciones han sido llamadas «Curso monográfico de altos estudios y de intercambios».

Parece que una enseñanza de esta índole supone siempre, por parte de quien recibe la visita docente, un previo deseo, una invitación. Aquí no ha habido tal cosa, sino probablemente el puro aprovechamiento espectaculoso de un azar. El 8 de octubre del año pasado, el señor Henri escribía desde Coye (Oise), que, debiendo, por asuntos particulares, pasar este invierno por Barcelona, se ofrecía a dar alguna conferencia sobre sus trabajos de *«autrefois»*; apoyaba esta solicitud una recomendación del señor Lucien Poincaré. Mas no se creyó entonces que intere-

sase aceptar el ofrecimiento; entre otras razones, por la inactualidad radical de la Psicofísica.

Yo sentiría de veras causar la molestia más leve al señor Henri, que es con seguridad una excelente persona, y realiza con bastante exactitud el tipo de sabio de ciertas novelas populares.

On ne dévrait faire aux savants
une peine —même legére.

Pero también, ¿qué mal consejo le convirtió en comparsa o providencia de escenógrafos metidos a constructores? O, para decirlo en lenguaje de farsa de Molière: *¿Qué diablo iba él a hacer en esta galera?*

No hay, pues, más remedio que recordar cómo la Psicofísica floreció en los ya lejanos días de Fechner; cómo, hacia 1860, creyó descubrir la llamada ley de Weber-Fechner, es decir, que *la magnitud de la sensación crece según el logaritmo de la magnitud del estímulo;* cómo, desde entonces acá, no ha descubierto

nada, y cómo, aun de lo que se descubrió entonces, nunca ha estado nadie bien seguro. Ni siquiera un protector que le salió a la teoría, el señor Solvay, filántropo de Bruselas, Mecenas de las ciencias y de las artes, a la manera de nuestro benemérito don Pedro Gerardo Maristany.

La moral de esta historia es que las posibilidades de la humana industria son muy grandes, pero no infinitas. Puede, en rigor, fabricarse cigarrillos sin tabaco; queso sin leche; chocolate como el del cuento, que, por carecer de cacao, canela y azúcar, llamaba su prospecto «chocolate químicamente puro». Se puede tal vez, con tres señores, fabricar una unanimidad. Se puede, sin electores, fabricar un Censo. Pero la existencia del famoso *civet de lievre sans lievre* de los franceses parece del todo fabulosa. Hasta hoy, para guisar un estofado de liebre, lo primero que se necesita es una liebre. Y para hacer un curso de intercambio, lo primero que se necesita es un profesor de recibo.

POETAS PORTUGUESES

LOS AHOGADOS SUBEN A FLOR DE MAR

CANTA todavía en nuestro corazón *Nao Catharineta*, la del romance portugués:

A minha alma e de Deus,
O corpo don-o eu ao mar...

Y del fondo del mar y del fondo de la memoria suben a superficie los grandes poetas muertos. Suben, como cuerpos de ahogados, los elegidos del Pueblo, «que soñaron el sueño secular de un Pueblo».

He aquí al rey don Diniz. (La poesía portuguesa se desarrolla, según *Os poetas lusiadas*, de Teixeira de Pascoaes, en cinco períodos: el rural o *dionisiano;* el marítimo o *enriquino*, que coincide con el Renacimiento; el segundo Renacimiento, hasta bien entrado el siglo XIX, período *sebastianista;* el *político*, caracterizado por las ideas liberales que vienen de Francia; el quinto período, *neosebastianista* o *saudoso*, que domina en el novecientos...)

He aquí al rey don Diniz.

DON DINIZ, TORNEOL

DINIZ nace medio siglo después que nuestro Lull; muere poco después que éste. No es cierto, pues, como dice Lope de Vega, que fuese

El rey Dionís el primero
que en España en lengua propia
hizo versos...

Pero entre el beato y el rey parece que han pasado, no años, siglos de maduramiento a la sensibilidad.

Ay flores, ay flores do verde pino,
se sabedes novas do meu amigo.
Ay Deus, e u é?
Ay flores, ay flores do verde ramo
se sabedes noves do meu amado.
Ay Deus, e u é?
Se sabedes noves do meu amigo,
Aquel que mentiu do que pos conmigo.
Ay Deus, e u é?

Mientras el rey susurra con dulzura infinita este arrullo de tórtola, Fernando Torneol nos cuenta que

Todas las aves do mundo, d'amor cantavam.

Pero, al lado de la tórtola de Cnido, y al lado de los pajaritos de Asís, vuelan aquí, tan cerca del Oceano, grandes gaviotas, misteriosamente mudas.

GIL VICENTE. CAMOËS

El Renacimiento. «De un lado, el Pueblo: Don Juan I y Gil Vicente. De otro lado, la Raza: Don Sebastián y Camoës.» (Paralela distribución han conocido a veces otros países. Hoy mismo, en Cataluña. Clavé, pueblo; Pep Ventura, raza. Manelic, pueblo; Teresa, raza.)

Gil Vicente, que es pueblo, sabe del Angel y del Demonio. Camoës, que es raza, sabe del Héroe.

La nostalgia por la Atlántida hundida, la tragedia de la nación náufraga, produce a

cada uno efectos distintos. Gil Vicente se ha cansado.

Tamben de vida cançada
Descançando...

Pero Camoës sueña en

... mares nunca dautes navegados.

Ved: las gaviotas se vuelven ahora a rumbo de Ultramar.

AGOSTINHO DA CRUZ. BANDARRA

AHORA llega Frei Agostinho da Cruz. Su Ultramar es un Ultramundo. Por daños de amor,

vivió cuarenta años en la alta sierra; y allí lentamente se purifica,

a forsa da divina saudade.

Desde Frei Agostinho da Cruz —dice Pascoaes—, el cielo que nos cubre ya es portugués. «El plantó nuestra bandera en lo infinito», como Camoês en el mar. (Nótese la radical diferencia con el Almirante catalán, aquel que selló con nuestro escudo *los peces del mar*, es decir, *lo concreto de lo infinito.*)

Aquí se coloca la leyenda de Don Sebastián, el Gran desaparecido, y la poesía mesiánica de Gonzalo Annes Bandarra, que canta la reaparición del Gran Encubierto. Ultramar es ahora Ultratiempo. *Saudade*, futuro; recuerdo, esperanza.

BOCAGE. ALMEIDA GARRET

Así ha madurado la mitología sentimental portuguesa. El siglo XIX la hereda, completa ya, del período sebastianista.

Aquél no fué muy fiel; es su primera parte; el sentido de ésta. Bocage, por haber puesto los ojos en Francia, se ha contagiado de Alegría y de Revolución.

Pero de cuando en cuando se percibe en su obra que, mensajero de la estirpe,

o marinho furor vao carcomendo,

las duras rocas y las columnas horacianas.

Más superficial es, en su vida y acción política, Almeida Garret. Pero un día se recoge, y su drama *Frei Luiz de Souza* trae, con la sombra del Encubierto, «el primer gesto redivivo del alma saudosa de los lusiadas».

LOS MODERNOS

Guerra Junqueiro, Anthero do Quental nos son familiares.

El XIX va a terminar. Aquí están abriendo una era nueva, continuadora de la lección inmemorial Joao de Deus, Antonio Nobre.

Por encima de la infidelidad del XIX han regresado las gaviotas...

DIAGNÓSTICO, ETIOLOGÍA, TRATAMIENTO

ATRÁS, gaviotas! El buho de Minerva, con sus ojos de aceite lúcido, os barra el paso... Portugueses, venid conmigo al santuario de Asclepios. Pediremos consejo al dios.

Por el camino voy a contaros una cosa. Cuando yo era niño tenía muy a menudo este sueño: El balcón de mi casa no caía sobre una calle o patio, o jardín, sino *sobre el vacío;* el balcón de mi casa era el confín del mundo; yo me asomaba a él... (La explanada del Palacio Real de Madrid, que da al Campo del Moro, me ha permitido reproducir, en días de niebla, la

extraña impresión, la angustiosa emoción que entonces sentía.)

Cuando yo una noche había soñado esto, la *saudade* me duraba ocho días.

Pues bien: la melancolía, la enfermedad de Portugal no han sido otras. *No se es impunemente el confín del mundo.*

Creo poder anticiparos la respuesta del dios. El remedio ha de venirle a Portugal de algo que destruya, con la sensación de ser límite, la angustia de lo ilimitado; que desclave su naturaleza de la cruz de lo infinito; de algo que, acercando América, haga del Océano un Mediterráneo más...

La medicina de Portngal se llama Aviación.

UN SACERDOTE

Cúmplese ahora un año, moría en Barcelona, víctima de tremendo «crimen social», un gran sacerdote, a quien Cataluña es acreedora de alguno de los bienes de literatura y de cultura que Alemania agradece a Lutero. Le debe un nuevo descenso del Espíritu a palabras de lengua vernácula, y a sus giros y vuelos —o, a veces, reptaciones —más sabrosas y no menos ágiles que los vuelos—. Esto, Cataluña; y cielo y tierra, mucha alegría; que cada vez que el verbo de Dios viene a vestirse en habla nueva, gózanse sobremanera los ángeles, porque hay

entonces, en pequeño, como unas nuevas encarnación y redención.

El fundador de Cataluña se llamó Ramón Lull; él fué el primero, y durante siete siglos el único, que hizo hablar a la Razón en catalán. Y a la Piedad también, y en esto igualmente quedó muy solo. Hasta que, bravamente, saltando por encima de cientos de años y de cientos de obstáculos de orden distinto, vino —dígase «saltó»— a hacerle compañía un varón ardiente y espiritualmente ambicioso, de ojos y boca africanos, de linaje del Penadés y nombre Federico Clascar, amigo de Prat de la Riba y, ya puede revelarse —puesto que ambos pertenecen hoy a cruda sombra de muerte y a inexcusables luces de historia—, su confesor por mucho tiempo; autor de versiones de los Evangelios, del Cántico, del Génesis, de los Salmos —y de San Pablo, y de San Francisco de Sales— y de las palabras de los corales de Bach.

También otro secreto puede hoy declararse. Y debe, puesto que andamos, según noticias, en preparación de una edición completa de los escritos de Federico Clascar. Y es que el largo estudio sobre *Religio est libertas,* inserto en en la compilación *La filosofía del hombre que trabaja y que juega,* y firmado por un triple asterisco, estudio que había aparecido en 1911 en forma de «Carta abierta a Eugenio d'Ors», con una X por firma, en las columnas de un periódico local, obra de Clascar es. Razones en relación con su estado moviéronle a ocultarlo un día; insuficientes, aun en opinión de los más timoratos; respetables, sin duda... Recordamos de aquel trabajo, como reveladoras de todo un estado de espíritu, las fuertes palabras siguientes: «Ciertamente, el mismo Hijo de Dios descendía —era, pues, exterior (no olvido que no podéis sufrir el «Cristo interior» de los modernistas)— en este castillo de nuestro ser. Descendió, y desde entonces no se ha movido,

sirviendo El en todo tiempo al hombre, sirviéndose el hombre de El *nella sua pienezza funcional;* plenitud que todos gozamos de El y que El nos restituyó. El nos trajo la verdad que nos liberta. *(Veritas liberabit vos)*, y El es quien, dulce y amorosamente, mantiene inflamado este deseo de libertad, de liberación definitiva, que ahora, por «imperativos de fe», por «visión» más tarde, alcanzaremos un día. En este sentido, es verdad que todo es símbolos los mismos dogmas y misterios, porque encierran verdades veladas, una álgebra espiritual, una simbólica de un mundo hacia el cual avanzamos, verdades parciales, limitadas —en bien de nuestra calidad de peregrinos—, partículas de una mesa abundante, de refección cumplida. Y nuestro *agnello* se alimenta, por ahora, de esas partículas, que las almas pías recogen y les hace boca de infinito.» (Las locuciones italianas se explican por el hecho de que se comentase aquí, no el texto original de

Religio est libertas, sino uua versión de mi pequeña monografía, por Giovanni Vidari...) Hay también, al principio de la carta, este grito admirable: «Y es que, por mucho que uno crea en la inmortalidad del espíritu, experimenta con frecuencia un estremecimiento de ¡ay, si habrá muerto!»

Pero ni los gritos ni los conceptos pueden traducirse en Federico Clascar. Su lenguaje es de un dinamismo tan intenso, que no hay manera de calificarlo sino acercándonos a las creaciones más apasionadas del arte barroco. Tal episodio agrícola, en su *Génesis,* recuerda el portal del palacio del marqués de Dos Aguas, en Valencia; tal éxtasis del *Cántico* parece de un Bernini plebeyo. La condición que alguna vez he formulado como ideal del estilo, la suprema ley de nuestra Estilística: «no escribir palabra que no sea un neologismo», la cumplen páginas enteras de este graso, turgente, sensualísimo escritor. Por esto, por razón de

tanto verter el espíritu en morfología y sintaxis, «nunca fué tan original como en las traducciones». Un estudio sobre la filosofía catalana del XVIII, obra primeriza, por otra parte, y debilitada ya de raíz por el escaso interés del asunto, es cosa fría, y su forma, muy pobre, como ocurría siempre en él cuando intentaba ser simplemente correcto. El *Evangeliari* tiene infinitamente más valor; pero aquí se trata al fin, si no de versión, de paráfrasis; el retórico admirable que fué Clascar encuentra ocasión de probar otra vez cómo la Retórica es Alma cuando el alma es retórica; o, si queréis, con fórmula definitiva de Stendhal, que «en las naturalezas enfáticas, el énfasis es natural».

Habent sua fata. A comienzos de 1919, después del crimen, y en la esperanza engañadora de convalecer de sus consecuencias, el mal herido sacerdote fué a refugiarse en un barrio muy recogido de Barcelona, en una casita extraña, seguramente única aquí. Parece esta

casa algo así como una Villa d'Este de bazar barato; pero la policromía no tiene aún en ella la vulgaridad de nuestra arquitectura de fin de siglo, y todavía hay en su estrecho jardín cipreses, y estos cipreses tienen gracia, una gracia «muy Estación de Gracia...» El que probablemente había habitado toda su vida —aun, por singular coincidencia, en sus tiempos de función oficial— en «masías» catalanas morenas, ahora encontró doméstico amparo en el regazo de esta especie de italianilla, pálida y maquillada... Y fué allí, y fué entonces, cuando, al visitarle enfermedad, agonía y muerte, entendimos, ante la sugestión muda de las cosas que nos rodeaban, dónde estaba la familiaridad interior y profunda de mosén Clascar; dónde, la ley racial de su mente.

Este africano de cara «no era, en espíritu, un catalán, sino un italiano». El, en quien malquereres obtusos pudieron un día sospechar tendencias a nacionalismo eclesiástico, a galica-

nismo, a culturales regalías, «era», al contrario, por decisiva necesidad interior, un puro «católico, un universal, un romano», un hijo de Roma.

No de Aviñón, de Roma.

OTRO SACERDOTE

Otro sacerdote. Otro romano. Otro enfático. Otro retórico. Otro sensual formidable de las palabras.

Ya, con cierta solemnidad, van apareciendo los volúmenes de *Els Sants de Catalunya,* de Llorens Riber. La conciencia sobre la monumentalidad de una obra puede adquirirse al principio como al fin de ella, o a su mediar. Tanto puede decirse *incipi* como *exegi monumentum.* Pero la solemnidad en esta hagiografía no lo es de día de trabajo, sino de día festivo.

Erudición, sin duda; pero se ve cuánto el autor, íntimamente la desprecia. Ningún método uniforme en la aducción de documentos, ningu-

na regularidad en textos o citas. Las latinas son, unas veces, traducidas; otras, no, según las ventajas o inconvenientes que cada solución pueda traer al ritmo de la prosa. La referencia es vaga o precisa, alternativamente y sin ley. Pero no tenemos valor para censurar estas licencias cuando en tan noble hermosura se traducen.

En tan noble hermosura, en tanto placer para nosotros... y para el autor. ¿Verdad, mosén Riber, que el diablo de San Antonio era un personaje muy grosero? Supo de la «libido» de las conjunciones entre oro y topacio, o entre azúcar y canela, o entre seno y axila, pero no de la «libido» de las combinaciones sutiles de adverbios y adjetivos.

En cierta ocasión, yendo a Granollers, encontréme en el tren con un origial escribano de por allá, famoso metereólogo. Como ser metereólogo ya es ser medio nigromántico, complúgose aquel simpático Tiresias de segun-

da instancia en vaticinar, de mi relación con instituciones y personas, sucesos que se han realizado después. Lucidez que poco tiene de particular, pues, sin ser metereólogos, muchos vaticinaban las mismas cosas, y yo también. A guisa de consuelo, terminó así aquel día mi compañero de viaje:

—A usted podrán quitárselo todo, pero nadie le quitará «lo bailado». Nadie le quitará que, escribiendo, usted haya sido de los hombres que más han gozado *(disfrutat* dijo él) en el mundo.

... No sé, mosén Riber, qué caminos le reserva Dios. Pero sé también que, aun despojado y desnudo de todo, conservaría usted, como una rica cosecha de la vida, el recuerdo de los instantes de goce intenso —de tortura, y triunfo, y goce— a que debemos la bella cedencia de *Els Sants de Catalunya* y sus ritmos graves, y sus arcaísmos oportunos, y la pompa, holgadamente togada, de su patricio hipérbaton.

UN MAESTRO

I

Los ojos de nuestros hijos son nuestros jueces. Las preguntas de nuestros hijos son nuestra eterna licenciatura, por no decir nuestras oposiciones interminables. Julio César Borgese, el ilustre crítico italiano, me contaba un día de los problemas que le presentaba su primogénito: «—Papá —le preguntaba una vez—, ¿por qué el gas arde hacia arriba y la electricidad hacia abajo?» O bien, en otra ocasión: «—Papá, ¿por qué le han puesto al rey el nombre de una plaza?...» En tales momentos,

la pregunta resulta disparatada; pero no por ello la respuesta menos embarazosa.

Ninguna crítica tan segura y rápida sobre maestros y educadores que la de sus discípulos, desde el primer día. Unos muchachos están sentados en un banco; un desconocido profesor se presenta ante ellos y les habla. A la hora de lección, aquéllos ya le han tomado, y para siempre, la medida. Una medida que, por encima de los engaños, de las ilusiones y de las farsas del momento, por encima de títulos y de gacetillas, y de jerarquías oficiales, y de tablas de valores al uso, incluso por encima de las sugestiones más apremiantes del medio, coincidirá muy probablemente con la medida de la justiciera posteridad.

¡Ay del maestro, ay del superior en general que cae o decae ante los ojos de sus alumnos, aún mozos, aún niños! Estos, en la mayor parte de los casos, no sabrán justificar su dictamen. No importa; no por ello será menos se-

guro; no por ello se volverán más posibles apelación o revisión.

Los ojos no fatigados son nuestros jueces. Su sentencia ni siquiera tiene necesidad de formularse en palabras. La leemos, inevitablemente, para nuestra satisfacción o nuestro despecho, para suprema justificación o definitivo desengaño.

En el jardín de las miradas, es donde más frescamente se respira aquel perfume exquisito que se llama *el respeto.*

II

Hemos conocido a un maestro que, con sus discípulos, que fueron niños primero, luego, adolescentes y señoritas, no sólo trabajó confraternalmente, sino que jugó y rió en la más alegre y despreocupada libertad.

Les contó las historias de mayor gracia o maravillas; pescó con ellos peces o ranas; anduvo por playas o montes; comió manjares, mondó espinas, sesteó al regalo de las fuentes o durmió de noche, junto al mar, al cobijo precario de una barca o de una vela. Y reveló dudas y confesó ignorancias y no temió de introducir a los otros en el misterio público del pro-

pio trabajo. Y no supo de teatralidades ni tampoco demasiado de disciplina.

Sin embargo, aquel perfume del respeto acompañó cada una de sus lecciones. Y toda su vida fué una lección.

III

La lección fué, impecablemente, infatigablemente, la de la aristocracia de la conducta. Este maestro fué un caballero. No damos aquí a la palabra el sentido ordinario con que cien veces cada noche puede oírse empleada, por ejemplo, en una cámara parlamentaria o en un círculo de recreo. En una asamblea, hemos oído decir de un asambleísta: «¡Si lo que se afirma de él fuese cierto, a puntapiés le sacaríamos de aquí!» Todos los que decían esto sabían que era cierto lo que de aquel caballero se decía.

Pero a nuestro maestro le llamamos caballero en otro sentido. Un sentido a la vez muy medieval y muy siglo XX, la esencia eterna de

cualquiera caballeresca superioridad. La esencia eterna de cualquiera caballeresca superioridad estriba en la máxima auto-exigencia, en las dificultades de la conducta.

No velamos caballerescamente por lo que hacemos, sino por lo que sacrificamos. El Cellini, gran productor, gran creador, no fué en su vida un caballero. O, mejor, lo fué en un instante nada más, en el instante, más o menos legendario, de arrojar al fuego las joyas.

IV

Juan Palau había nacido en América. Juan Palau había nacido en familia de hombres de negocios. Juan Palau había nacido y se había educado en un ambiente confortablemente burgués.

Hasta el punto de su muerte, que aun nos tiene tan tristes, dióse completamente a Cataluña, a la pedagogía y al pueblo.

Fundó el colegio llamado «Mont d'Or». Luego, dirigió otro colegio en Tarrasa. Luego, escribió veinte biografías y cien manuales. Luego, profesó en la Escuela de Bibliotecarios y por un tiempo la dirigió. Luego, se especializó en geógrafo y enseñó geografía en nuestra Es-

cuela de Altos Estudios Comerciales. Propagó las ideas pedagógicas de María Montessori, con tanto entusiasmo como ironía. Por ser un maestro de verdad, fué toda su vida un estudiante y, hasta muy cerca de la hora de su tránsito, sentóse en las sillas de los alumnos en el Seminario de Filosofía de Barcelona.

V

Os dirán que el renacimiento contemporáneo de Cataluña empieza en tal o cual aventura política, en el «cierre de cajas», en la «campaña de los cuatro presidentes» o en cualquiera otra majadería por el estilo.

No. Hay que ver más hondamente las cosas. La historia del renacimiento contemporáneo en Cataluña empieza el día en que Juan Palau, de vuelta de Alemania, rico, artista —tal vez por inclinaciones voluptuosas de temperamento, indolente—, dijo con decisión a su familia y a sus amigos, admirados, que «quería ser maestro de escuela».

No olvidéis lo que separa este grito de vocación de otros que en nuestras biografías juve-

niles pueden parecer análogos. En el mozo que dice «quiero ser pintor, quiero ser poeta», puede aun sospecharse el vencimiento ante la tentación hedonista de un apetito de gloria o de una vida semiociosa y más divertida que la sujeta a los deberes ordinarios. ¡Pero aquella consagración, aquella oblación a la forma profesional más cotidiana, más abnegada, más oscura!

De aquel momento son hijos, por virtud del ejemplo y del superior contagio, cada una de nuestras consagraciones al deber de intervención social. En el momento de la inmolación de Juan Palau a la pedagogía activa, se abría entre nosotros una era.

Así, según Carlyle, para la humanidad, el día que Juan Knox cumplió el acto simplísimo de cubrirse con un vestido de cuero.

A UN AMIGO QUE VA A PARÍS

Amigo, los bulevares y el Bosque, las mujeres de Montmartre y los niños del Parc Monceau, el Teatro del Viejo Palomar, el legado Gaillebotte y los dos Louvres, lenguas amigas te los han cantado, sin duda. Acaso alguien, más complicado, te haya traído insinuación sobre los chocolates de la Divina Marquesa o sobre las lecciones del Colegio de Francia. Pero del Jardín de Plantas de París, como yo no te hable, nadie de los nuestros te hablará. Porque es indispensable, tal vez, para buscar y encontrar todo el encanto del Jardín de Plantas —por encima de las dificultades del barrio excéntrico, de las limitaciones de la entrada, del

valor científico olvidado, de la parásita clientela plebeya—, ser, literalmente, un alma desterrada del Setecientos.

O, si no un alma desterrada del Setecientos, una sensibilidad ágil, capaz de improvisarse en ciertas riquezas, que son ciertas nostalgias.

¡Fina nostalgia de los Jardines botánicos! Parece fabricada con el oprimido respirar de todas las plantas de cultivo forzado y aclimatación. Sobre las cimas, tal vez un poco despeinadas, de los altos y delgados árboles exóticos, pesa el cielo, extrañamente frío.

... En verano, las alas del sol, clueca cósmica, cobijan, en un silencio recogido, la ciega germinación de las plantas grasas. Y se siente, en los jardines botánicos, asfixia y peste sutiles de incubación.

SUUM CUIQUE

Debo históricamente el comienzo de mi afición a los jardines botánicos al anciano ex ministro liberal don Amós Salvador. Como un día estuviésemos con sus hijos leyendo una poesía de un compañero nuestro, en que, so color de tropo, se calumniaba graciosamente a no sé qué especie vegetal.

—¡Claro! —irrumpió el ilustre político (esto era en verano y en Logroño, y él se cubría con un gran sombrero de paja)—. ¡Como que ustedes, los modernistas, no van al Botánico!

Comprendí entonces que el ochocentista tenía esta vez razón contra los nuevecentistas,

al reprocharnos el olvido de aquel sabroso rincón del Sietecientos.

A partir del siguiente otoño, he pasado en el Jardín Botánico de Madrid horas muy delicadas. Y otras, distintas de matiz, pero concordes en la emoción profunda, en los de París, Ginebra, Amberes y Lisboa.

Soy agradecido y quiero dejar mi deuda consignada. Al César lo que es del César, y a Amós lo que es de Amós.

EL JARDÍN, TEMPLO DE LA NATURALEZA

Caracteriza íntimamente el Jardín de estudio, en relación con cualquier jardín, un especial carácter de *Templo*, es decir, de consagración a lo remoto.

¿Qué separa un templo de una casa? Que en la casa el señor está presente o solo temporalmente alejado; mientras que en el templo el señor está lejano o solo misteriosamente presente.

Si se restaurase en Barcelona una coleeción de todas las plantas de Cataluña, esto, para

los efectos de mi sensibilidad, no sería un jardín botánico; como un pingüe corral no es aún un parque zoológico. Necesito el cedro del Líbano y la jirafa.

Desde tiempo de los romanos se consideró como una ley, adecuada al placer de los poderosos de la tierra, la posesión de especies raras, procedentes de países exóticos. En la Edad Media hubo en Europa un momento de gran emoción, que recorrió, como un escalofrío continental, las varias naciones, cuando el Emperador Federico II creó su jardín, al cual llegaron dos especies que (a pesar del recuerdo de Aníbal, vencedor de la misma amnesia medieval), las imaginaciones consideraban todavía como semi-fabulosas: el elefante y la jirafa. Los pueblos tenían entonces mucho de niños; descripciones y referencias, verdades y mentiras, sobre elefantes y jirafas invadieron todos los medios sociales, tanto populares como doctos.

Pero la pasión intensa por los jardines zoológicos y botánicos fué propia del XVII y XVIII y nació de la curiosidad, de la sensualidad, del ocio culto y opulento de la burguesía holandesa.

«JARDÍN DU ROY»

Guy de la Brosse, médico de Luis XIII, era de origen normando. Apasionado por el estudio de la botánica, ofreció al rey terreno para su jardín, ofrecimiento que el monarca aceptó, por decreto de 1626. Obtenido el jardín, se dedicó al estudio de las plantas; a escribir sus observaciones y dibujar, con minuciosidad muy escrupulosa, imágenes de aquéllas. Así obtuvo 400 dibujos, que hizo grabar en sendas planchas de cobre. Cuando éstas ya estaban reunidas y su publicación próxima, murió el botánico; sus herederos, gente indocta, vendieron aquellos grabados a precio de cobre. Demasiado tarde, advirtieron los estudiosos tamaña

pérdida; se intentó un desesperado rescate; sólo 40 láminas parecieron, que editó, en corto número de ejemplares, el sucesor de la Brosse en la dirección del Jardín real.

Sucesor que era igualmente médico del Rey; y por un tiempo fué costumbre que los médicos cuidasen del Jardín real. Pero de ahí resultó que, por falta en ellos de verdadero interés científico y sobra de espíritu utilitario, decayese el establecimiento, transformándose poco a poco; de institución de ciencia, convirtióse en hacienda de explotación agrícola; en lugar de plantas medicinales, se sembraron y recogieron allí suculentas legumbres. Historia triste y muy repetida en fundaciones de esta índole, cuando se ausenta de ellas el ideal de un saber superior.

Para cortar el abuso, tuvo que recurrirse al fin a un naturalista académico de gran prestigio, Dufay. En su lecho de muerte, Dufay propuso al Gobierno que le reemplazase Buffón.

LA GLORIA DEL JARDÍN

¡Qué tiempos entonces! Bajo la dirección magnífica del naturalista gran señor, el Jardín se convierte a la vez en un lugar encantado y en un centro de estudios múltiples y activísimos sobre las ciencias naturales. Observadores, ensayadores, jardineros, escritores, artistas, trabajaban allí; y, hasta cierto punto, todos entran en colaboración para la gran obra bufoniana, la publicación de aquella *Historia Natural,* que se destinaba a dar a los hombres una visión sintética, detallada a la vez, del teatro de la naturaleza, que substituyese, con ponerse al nivel de las exigencias intelectuales de la hora y de los conocimientos adquiridos las obras de Aristóteles o de Plinio, legado la antigüedad docta.

En 1749 aparecieron los tres primeros volúmenes, que se ocupaban en la formación de la tierra, en ideas generales sobre los animales y en la descripción del hombre. De 1749 a 1767 se publican quince volúmenes sobre cuadrúpedos. De 1770 a 1783, nueve volúmenes sobre las aves. Entre 1783 y 1788, cinco volúmenes sobre los minerales. De aquí hasta la muerte de Buffón, siete volúmenes y un suplemento... No puede describirse toda la intensidad de efecto público producida por esta publicación. Una pasión por su lectura se despertó en todas las clases sociales; las imaginaciones se rindieron al hechizo de aquellas descripciones llenas de entusiasmo y de sensibilidad. Despertóse un movimiento pasional, no sólo en Francia, sino en todo el mundo, para estudiar directamente los productos de la naturaleza. Todo el mundo se puso a recoger observaciones y a redactar notas para ofrecerlas a Buffón. Y el culto universal a la naturaleza, que ya preludiaba en

Rousseau y el romanticismo, el Jardín de Plantas de París fué, bajo Buffón, la Ciudad y la Piedra.

Menos conocida, pero no menos interesante, que esta hora gloriosa para el Jardín, es la que le siguió. El sucesor de Buffón en su cargo directivo fué, no un naturalista, sino un escritor. Bernardin de Saint-Pierre, el autor de *Pablo y Virginia,* vivió probablemente en el Jardín el mismo orden de ensueños, a que debemos, en la novela famosa, las bellísimas descripciones sobre la fauna tropical y, en general, sobre los productos de las islas del Océano. Por esta vez la obra del favor se tradujo en adivinación y acierto. ¡Otro gallo la cantara hoy (y esto es apenas un modismo), al jardín botánico de la Universidad de Barcelona, si un día, en lugar de darlo al profesor de Farmacia, señor Casaña, que criaba allí cabras lecheras, se lo hubiesen dado, por ejemplo, a mosén Jacinto Verdaguer!

HUE, COCOTTE!

Te estoy viendo, amigo, en una mañana abrileña de París —sol, lilas precoces y chubascos...—. Has leído esta página y la tentación del Jardín de Plantas te asalta en seguida. Hay que aprovechar el buen movimiento: que si la cosa se deja para otra ocasión, la ocasión no vendrá jamás.

Levantas alegremente el bastón. Alegremente, se detiene el cochero. Alegremente, le das la orden: «Al Jardín de Plantas». Alegremente lanza él, con su corto latigazo cariñoso sobre el jamelgo, el grito tradicional:

—«Hue, cocotte!»

LA «ACCION FRANCESA» EN BARCELONA

La ideología llamada «de la Acción francesa» empezó por interesar en Barcelona a algunos espíritus de avanzada. Era tiempo en que todavía no habían pasado al primer término las preocupaciones materialistas de defensa o ataque social. Con mayor libertad de juego podían las mentes seguir y aun provocar los más delicados entronques de ideas.

Aquel interés, excepcional, casi paradójico en su comienzo, se ha ido generalizando y aburguesando más tarde. Lo que fué un día complicidad en inquietudes, hoy parece, al contrario, remedio o alivio de algo que no debe llamarse «inquietud», sino temor. La ideología

de la «Acción francesa» ha adquirido así, entre nosotros, una ya inalterable modalidad conservadora.

No puede sorprendernos en demasía semejante dualidad de eficacias. Inmediatamente, en campos de la misma «Acción francesa», recuerda uno el caso de la doble interpretación de Augusto Comte. Diciéndose inspirados en Comte, sueñan los monárquicos franceses en una restauración. Diciéndose inspirados en Comte, los republicanos portugueses derribaron un trono.

«HUMANIDAD»

No sólo en la anécdota ligera del título de sendos periódicos, sino en concepto y en vocabulario, «Humanidad» parece oponerse a «Acción francesa».

Podría resultar muy rica en sugestiones la historia de tales vocablos. Ha contado Gastón Boissier que, cuando a mediados del siglo XIX, apareció el diccionario de Littré, fué para muchos ejercicio fecundamente instructivo buscar, en etimologías y genealogías de palabras, la revelación de su verdadero sentido, y, a veces, el secreto de su poder.

El mismo Gastón Boissier contó en el último de sus cursos del Colegio de Francia (el

de 1905-906) cómo la acepción amplia y genérica de la palabra «Humanidad» fué invención grecolatina. Los romanos la recibieron con la moda del helenismo, y parece que antes de las guerras púnicas no había sido empleada por ellos jamás. Cicerón, que ya se vale de ella frecuentemente, afirma que «la humanidad» ha sido transmitida a los romanos por Grecia, y de aquí ha ido extendiéndose al mundo entero.

En Oriente no se conoció, en realidad, la noción que corresponde a esta palabra. Los primeros pueblos de que habla la historia conocieron egipcios o persas, babilonios o israelitas, no «humanos». Sabido es que en ciertas lenguas persisten incapacidades análogas de generalización, y que el éuscaro, poseedor de palabras propias para manzanos y castaños, y para muchas especies de árboles, ha debido, para designar en abstracto el árbol, recurrir a la correspondiente raíz latina.

Sobre la introducción tardía del concepto de

«Humanidad» en la literatura germánica, principalmente por influencia de Herder y otros hijos de la *Aufklaerung,* Arturo Farinelli, el eminente profesor de Turín, acaba de publicar el texto de una conferencia pronunciada con mucha anterioridad a la guerra grande. *(La Umanita de Herder e il concetto della razza nella Storia dello spirito,* incluso en el volumen *Franche parole alla mia nazione.)* Truena en este discurso, con una gran elocuencia y una fuerza de convicción muy ardiente, contra la tesis del determinismo de raza en la historia. Ciertas ideas de Taine, Gobineau, Woltmann y Houston Stewart Chamberlain, aparecen sacudidas con mucho vigor. El aparato erudito de notas y referencias que acompaña a esta corta monografía es verdaderamente enorme. Agradezcamos a Farinelli el haber dado, ya en 1917, tan excelente estudio; agradezcámosle aún más que, en 1920, no quiera renegar de él.

"NACIONALISMO, ACCIÓN"

Si la noción de «Humanidad» es grecolatina, la de «Nacionalismo», así como otras muchas que tienen con ella parentesco en la política y en la cultura, parece más bien de raíz germánica. Farinelli nos habla de una oscilación perpetua en Herder entre su concepción generosa de Humanidad, en la cual había sabido expresar la parte mejor de las tendencias de la época, y la idea, que le gana más tarde, de una «misión alemana», a la cual corresponden ciertos privilegios nacionales. Una crisis en sentido análogo podría señalarse en Fichte, quien pasa, desde el humanitarismo de los escritos preparatorios a la «Doctrina de la Cien-

cia», al nacionalismo inspirado de los «Discursos a la nación alemana». Por este tiempo no se presenta aún huella de nacionalismo ni en Francia ni en los países latinos. Si los franceses de la *Grande Armée* o los españoles de la guerra de la Independencia se cantaban a sí mismos como siendo *"enfants de la patrie"*, esta patria no era aún, en su esencia, ni «la nación» francesa ni la española, sino, en el primer caso, el conjunto de fuerzas que dibujaban un futuro; en el segundo, el conjunto de fuerzas locales, de carácter más bien regionalista, que mantenían una tradición.

Especialmente, desde mediados del XIX, el *Nationalgefühl* se empieza a traducir en Alemania, en esfuerzos de sistematización doctrinaria, como el de Fehe *(Ueber die Entwickelung des deutschen Nationalbewustseins und der deutschen Nationaleinheit).* La escuela llamada «histórica», cuyo jefe era Savigny, contribuyó en amplia medida a la difusión de estas ideas.

Pero el libro más característico, gran éxito de edición, pronto muy divulgado, fué un poco más tarde, el de Lange, sobre la «alemanidad pura» (*Reines Deutschtum*). Allí es donde empieza a manifestarse francamente la tendencia, tan corriente más tarde en el nacionalismo francés, a exigir caracteres nacionales fijos a escritores, artistas, sabios, y a instituír una especie de Tribunal de là Inquisición para defensa de la raza.

Importa mucho igualmente hacer constar el carácter originariamente germánico del vocabulario activista (*Action française*, etc.), caro al nacionalismo francés. Parece que teníamos derecho a esperar que semejante vocabulario se hubiese mejor caracterizado por nociones racionales y que pertenecieran al «mundo de la representación». En lugar de esto, se ha preferido, en vocabulario político, acudir a la escuela del doctor Faust, aquel que reemplazaba «Verbo» por «Acción», en el principio del Cuarto Evangelio.

LA ECONOMÍA NUEVA

Hay dos economías nuevas: la de Georges Valois y la de Walter Rathenau. Allá se andan las dos.

La economía nueva de Walter Rathenau es de una novedad más antigua. Se remonta a julio de 1919. En esta época creía aún Alemania en la posibilidad de una victoria, o, por lo menos, de una paz de compromiso, que respetara los fundamentales intereses materiales de cada país. Así es que reinaba la preocupación sobre el sistema económico que el país había de adoptar en la postguerra. Esta preocupación iba a serles pronto ahorrada a los

alemanes. La marcha ulterior de este negocio debía negarles la posibilidad de escoger.

Posibilidad que, por otra parte, falta hoy igualmente a la mayoría de los pueblos. Circunstancias muy perentorias son las que imponen sistemas más o menos radicales —que equivale a decir menos o más interinos— para sustituír a la vieja economía liberal. El de Walter Rathenau *(Die neue Wirtschaft,* varias ediciones después de 1917, más de 40.000 ejemplares vendidos en Alemania), tampoco es ofrecido como traducción de un ideal teórico; trátase, sobre todo, de mantener en tiempo de paz la organización nacional de las industrias adoptado en Alemania por las necesidades de la guerra. El autor compara el conjunto de industrias nacionalizadas, o lo que, en círculo más restringido, representan nuestros grandes almacenes en relación con el pequeño negocio especializado de las tiendas, Así las naciones rivales se convirtirían en Casas rivales.

Y la corona de la civilización mundial, en lugar de ornarse con tan bellos joyeles como son hoy Dufayel y Hermann Tietz, ganaría aún más lustre con unos *Au Bon Marché National* o unos *Deutsche Frühling.*

Un espíritu curioso de correspondencias señalaría tal vez la que existe entre la economía de Walter Rathenau y las tesis de Taylor sobre la organización del trabajo. En suma, lo que el taylorismo quiere hacer con los obreros, Rathenau lo prepara también para los patronos. Todo, naturalmente, *ad majorem gloriam* de los burócratas.

MÁS NUEVO AÚN

Hemos dicho que la economía de George Valois es más reciente. Nos es predicada en un volumen aparecido hacia fines de 1919

(L'Economie nouvelle). El talento del autor presta un gran interés a la obra; sus tesis —algunas de ellas formuladas con unidad o coherencia bastantes para prestarse a la crítica— son aún más débiles.

Séanos permitido señalar una contradicción íntima entre la escuela de M. Valois y su estilo. Si aquélla es intelectualista, éste es romántico y fogoso. M. Valois querría, probablemente, pensar a la manera de Charles Maurras; pero escribe a la de Juan Jacobo Rousseau.

Y *c'est le ton qui fait la chanson* —como se decía ya bajo en Antiguo Régimen.

GLOSA NUEVA SOBRE BERTRAND RUSSELL

He imaginado alguna vez una continuación arbitraria al caso de Sócrates. Un trueque de copas a la manera shakesperiana, alguna piadosa intervención por parte de los discípulos fieles en las dosis del bebedizo, un contraveneno u otro expediente análogo vienen con oportunidad exacta a provocar el aborto de la catástrofe y dan espacio y ocasión a que estalle sindicación justiciera, hija del arrepentimiento popular... Porque arrepentimiento y turbación hubo en Atenas, sin duda, la misma noche que siguió al día de la sentencia. Los que, mirándose los unos a los otros, condenaron, ahora, mirándose a sí mismos, se condenaban. Quien

consintió en silencio dentro de la judicial Asamblea, ahora no lograba el silencio dentro de sí.

He imaginado, pues, una continuación. La cárcel se abre, y entre la confusa avergonzada muchedumbre, Sócrates se aleja, siempre con su dulce compañía dialogadora, a convalecer de sus dolores en una isla lejana. Y ya es para todos, en el destierro como en la nostalgia, en la isla como en la ciudad, algo que la misma magnitud de la prueba ha hecho sagrado, un agente de bendiciones que, doquiera donde esté o doquiera se le cita, acrecienta lo pingüe de las cosechas, libra de maleficio y trae acrecimiento de virtud; así Edipo, ciego, con la mano sobre la espalda de la hija; así la encina herida del rayo.

Si la Gran Bretaña fuese Atenas, su Sócrates se llamaría ahora Bertrand Russell. Perseguido ayer, expulsado de la Universidad, procesado, condenado a multa de mil libras, cruel

ruina para su modesto peculio de profesor, preso durante seis meses, por delito de haber pensado que la guerra es mala, que el régimen de la propiedad privada debe cambiarse, que el secreto diplomático ha de ser abolido y sujeto al control democrático la política internacional, Bertrand Russell ha atravesado la prueba con pureza, serenidad y valentía. Hoy se producen ya arrepentimiento y reacción. La gloria más eminente de Cambridge va, según noticias, a brillar de nuevo, desde el próximo otoño, en Cambridge. Y, mientrastanto, nuestro Seminario de Filosofía de Barcelona se ha honrado en recibir algún reflejo de aquella gloria y en ofrecer al filósofo dolorido, a cambio de unas lecciones sobre el Atomismo lógico, el consuelo de una compañía amistosa con los homenajes de una intacta veneración.

Los tiempos son de hierro y el Espíritu es crucificado cada día en veinte Gólgotas, en

todo lugar de la tierra. A la palabra sin mancha de Debs el Justo, invocando estoicamente, en los Estados Unidos, las absoluciones de lo futuro, contesta en la Universidad de Berlín el pateo de los estudiantes contra Einstein y los gritos de «perro judío» dirigidos contra el sabio que ha venido a Newton, tal vez con una mente más poderosa que la de Newton. De nada le valieron a Bertrand Russell, entre 1916 y 1918, su genio y su Logística, la audacia admirable de su revisión del apriorismo kantiano, su definición analítica de la unidad aritmética y la medalla de oro, otorgada en Boston, de la matemática universal... Nos ha dicho que en la cárcel su compañero de celda era un propagandista ruso. Lo mismo hubiera podido ser un asesino o un sátiro. A los ojos del viejo mundo que se defiende, no existen hoy cuchillada ni estupro peores que el pensar.

La víspera del Domingo de Ramos se inauguró el curso de Bertrand Russell en el Semi-

nario de Filosofía de Barcelona. Tres hombres presidían la fiesta, tres hombres que eran tres expulsados. Los reunió físicamente el azar, pero, moralmente, les había dado destinos paralelos una ley histórica profunda.

Bertrand Russell ha combatido duramente la extensión excesiva que la ciencia contemporánea ha concedido a la teoría de la evolución. Se trata a lo sumo de una fórmula biológica, y aun de precaria demostración y fragmentaria, ha dicho el filósofo—; ¿con qué derecho la extendemos a lo inorgánico y aun erigimos aquellas sus fórmulas en leyes generales del universo?... —Bien esto, en cuanto se trata del evolucionismo como fórmula; mal, en cuanto se trata de una visión de la vida, o, según ha dicho alguna vez, del evolucionismo como religión. El primero podrá ser juzgado por Russell; el segundo, juzga a Russell y le incluye.

Es norma constante, en la filosofía ruselia-

na, la separación teórica entre el mundo *real*, en que logran respeto máximo las impresiones de los sentidos y aun los fantasmas de los sueños, y el mundo de lo *posible*, sometido a la pura legalidad de la raza. Pero a esto objetaríamos acaso nosotros que, en la evolución, el antagonismo entre razón y sueño, entre perfección y existencia, entre posibilidad y realidad aparece aproximadamente superado. Una cosa que evolucione, que se transforme, es a la vez ayer y mañana, realidad y posibilidad, existencia y perfección, sueño coloreado y razón perfecta. Si el mundo cambia es porque, en cada momento de él, íntimamente se concilian la fatalidad que nos sujeta y la liberación suprema, que es el ideal.

En cualquier caso, esta creencia en el cambio y en su sentido de mejora; este evolucionismo religioso, es lo único que, para los selectos, hace a la vida digna de ser vivida. Si lo que

juzgamos perfecto no hubiese de llegar nunca a existente; si lo que juzgamos razonable no hubiese de traducirse ante nuestros sentidos jamás, ¿para qué pagar mil libras de multa y escribir los *Principios de filosofía matemática* en la celda de una cárcel, donde todo triste bolchevista y toda incomodidad tienen su asiento, en vez de hacerlo en la confortable paz de su Trinsty College?

Bertrand Russell ha escrito, en pugna contra el evolucionismo, algunas de sus mejores páginas. —Bertrand Russell ha realizado, por íntima, tal vez inconsciente, creencia en la evolución, algunos de sus mejores actos.

Mientras esto se escribe, recorre el filósofo la isla de Mallorca. Como el otro día, en la fiesta del Seminario, ahora dos figuras le hacen compañía en la soledad. Pero estas de ahora son augustas. Imaginemos que la una es de Sócrates, voluntariamente desterrado para convale-

cencia de sus dolores, en la arbitraria prolongación de la historia. La otra figura es Ramón Lull, el solitario de Randa, que muestra, al expulsado de Cambridge la señal cruenta de las pedradas en el cuerpo beato.

EL PERDÓN DEL OCHOCIENTOS

PASTEUR, bajo figuración dramática, ha pisado recientemente, en París, las tablas de la escena. ¿Por qué, en efecto, el drama histórico se detendría a medio siglo XIX? Creo que podría ofrecer hoy mucho interés, para un teatro de Madrid, una obra en que la acción se realizara en el Madrid de Cánovas del Castillo.

El Madrid de Cánovas del Castillo tenía algún garbo. Empezamos a advertirlo ahora. Quien quiera volver a respirar su perfume extraño, sutil, busque los artículos del cronista Fernanflor. ¿Dónde encontrar, por otra parte, los artículos de Fernanflor?

El Nuevecientos perdonará al Ochocientos

algún día. ¿Qué día será éste? Aquel en que el Ochocientos, por haberse vuelto un espectáculo, ya resulte propio para llevado a las tablas.

DEFINICIONES E INTUICIONES

Autores famosos han preceptuado que, en el estudio ingenuo de cualquier disciplina, la definición del objeto sea la última palabra que se pronuncie, no la primera. Esto equivale, a nuestro entender, a dejarse llevar por las apariencias y olvidar demasiado el juicio del Cuarto Evangelio, cuya fórmula es lícito acaso sustituír, cuando en la noche de Pascua granada sale uno a gozar de la verbena; no cuando, de vuelta al laboratorio, uno se detiene a reflexionar y a ahondar lúcidamente en problemas teóricos... En un principio era el Logos: en el principio de un departamento cualquiera del

saber, hay siempre una definición, paladina u oculta. Ahora, si el verbo del principio era, a la vez un verbo, impulso y acción, la definición inicial de una ciencia es lícito y, seguramente, deseable, que contenga a la vez un experimento. La buena fe de éste perderá con ello, hay que confesarlo: no importa, ya lo controlaremos más tarde. La precisión de aquélla dejará, es claro, de ser rigurosa: no importa, ya la purificaremos luego. Experimentos completamente imparciales, definiciones del todo exactas no hay que esperar puedan encontrarse hasta bien entrados en el cuerpo de su saber. La «definición-experimento» de la primera hora, el tránsito que es iluminación, la contemplación que es impulso, la idea que es fuerza, ha de pagar necesariamente, a precio de su pureza, el privilegio de su fecundidad. Una humanidad ya madura, estable y civil, se honrará con Lucrecia y con Hipathia; pero nadie pensará en exigir tanta perfección en la anumbílica Eva o en la pri-

mera generación de sus hijas. Miraremos, pues, con indulgencia la impureza de las primeras definiciones en cualquier orden del saber. Y con igual o mayor indulgencia, la impureza de las investigaciones fundamentales propias —si las definiciones iniciales o dogmáticas lo eran del viejo régimen científico— de la pedagogía nueva y de las primeras páginas de los libros ingleses y americanos y, en general, de autores afiliados a la tradición empirista... Llevemos, sí, a unas y a otras igual tolerancia; concedámosles a menudo interés o estima, pero no nos ilusionemos sobre su evidencia o su inocencia aparentes. Tan engañoso es el aspecto de seguridad en las primeras, como el aspecto de experimentalismo en las últimas. Ni las definiciones excluyen el problema previo para el agudo, ni las intuiciones excluyen la idea preconcebida para el despierto.

LAS OCHO HORAS

I

Es, en la memoria, una imagen clara y confusa por mitad. Yo era un niño. Mi mano alcanzaba a la mano de alguien —no recuerdo ahora de quién—, de alguien doméstico y benévolo... Y llevaba en la otra un rollo de papel —tampoco recuerdo qué, tal vez un cuaderno escolar recientemente adquirido—, pero cuyo color veo ahora con gran precisión: un verde muy tierno.

Llenaba el gentío la Rambla barcelonesa, bajo el sol radiante. Pasó entonces una manifestación larga. Situado, por la casualidad, demasiado a ras de ella, desprendióse mi mano,

sin sentir, de la mano protectora. Y me encontré solo, criatura extraviada entre la multitud, criatura burguesa, arrastrada Ramblas abajo, por una manifestación del primero de Mayo.

Lloraba. Y sé que entre lágrimas vi unas banderas rojas y negras y un estandarte blanco, en el cual había pintados los tres ochos.

Una mujer manifestante se burló de mí. Dijo que lo que yo llevaba entre las manos parecía una lechuga. Hubo otra mujer que rió muy fuerte al oír esto. Pero otra tercera, viéndome deshecho en lágrimas, me acarició, mandó callar a las deslenguadas y me dió la mano para que no me apartara de ella. Y así, de la mano de una mujer de fábrica, yo era un manifestante más, un manifestante lloroso, un niño que pedía también las ocho horas.

¿Qué importa que, al llegar al Llano de la Boquería, la mujer me dejase recomendado a una tienda y siguiese su camino? El cuño de aquella mano en la mía, yo continué sintiéndo-

lo. El cuño de aquella mano en la mía, lo siento ahora. El cuño de aquella mano en la mía me ha sellado ya, tal vez para siempre.

Y ésta debe ser la causa del salto de mi corazón —ahora que se ha alcanzado el ideal de aquella manifestación *nuestra*—, ahora que se ha preceptuado las ocho horas.

II

... PERO si estas «Ocho horas» han de lograr algún efecto de cultura, es necesario que la implantación del nuevo régimen coincida con una manera de gran incendio espiritual. Sobre los ejércitos generosos de la educación popular pesa ahora más responsabilidad que nunca.

Recuerdo la ironía de algún escritor ilustre (¿tal vez Jean Dolent, el gran esteta fragmentario?) Como le hablasen del bello programa:

Ocho horas para el trabajo, ocho para el reposo, ocho para la cultura..., él insinuaba: —«Muy bien, muy bien. Pero ¿la cultura se prestará?».

... Esto es para decir que hay que tener cuidado que, de las ocho horas de cultura, no se lleve tres el *cine*.

III

Momento decisivo para la suerte futura de nuestro pueblo. Estas dos horas ganadas al trabajo. Este «de siete a nueve».

Decimos del *cine*. Y, más abajo, ¿la taberna, no? —Nuestro pueblo es sobrio: lo sabemos, contamos con ello—. Pero, ¿sobrio por naturaleza y disposición inevitable? Este «de siete a nueve», ¿no constituirá una ocasión y una tentación demasiado fuerte? Hemos visto pueblos cambiados, *precipitados*, en ocasiones

parecidas a esta nuestra de hoy. Asturias, con la rebaja de horas de trabajo, ha pasado de beber la cidra al uso de los peores venenos alcohólicos. Me dicen que ahora es corriente que los lunes, por la mañana, falte la mitad de los obreros a la lista de las minas y de las fábricas.

No hay que contar demasiado con «las virtudes tradicionales». La virtud se gana cada día, no se hereda. Y más vale ganarla con la entrada en nuevas actividades, que fiarse de viejas abstenciones.

El «de siete a nueve» es un problema, e importa frente de él no dormirse en un optimismo etnográfico beato. Que de él se preocupen cuantos soportan magistratura y responsabilidad en nuestro pueblo.

LA FUERTE AVENTURA

La última aventura annunziana invita a un juicio complejo. En primer lugar, hay en ella un gesto bélico que prolonga y complica el mal de la guerra: un gesto de inspiración nacionalista y militar. En este sentido, no puede complacernos. ¡Malhaya la locura del viento que sopla sobre el rescoldo, oculto entre cenizas, del incendio mal extinguido!

Pero de otro aspecto de la aventura no podemos prescindir. Es aquel que toca a las vindicaciones políticas de la Inteligencia. La cuestión de Fiume era en Italia una cuestión juzgada por los representantes electivos de la soberanía popular. Diputados, ministros y sus agentes diplomáticos, iban a dar aquélla por resuelta,

resuelta en un sentido, bueno o malo, pero sin ulterior apelación posible, sino en la tardía comedia de un residenciamiento parlamentario y de unas nuevas elecciones... D'Annunzio, rompiendo tal conformismo, ha venido a recordar que existía aún, que existirá siempre, una representación del pueblo, una representación no electiva, pero que llamaríamos de *derecho divino*, contenida implícitamente en la magistratura de la Inteligencia. El ha sentido esto; y, según sentimiento de esto, ha actuado; se ha constituído *quia nominor Poeta*, en gobernante de los gobernantes, en juez de los jueces. Y esto, con éxito.

Con éxito profundamente significativo. Muchos, ya desesperanzados, han aprendido en él, acaso por vez primera, que todavía en las actitudes nacionales de los pueblos de Europa *podía acontecer algo auténtico.* Un D'Annunzio llevaba ayer a Italia a la guerra. Un D'Annunzio podrá, tal vez, prolongar los dolo-

res de la guerra, hoy. Pero con noventa y nueve D'Annunzios en Alemania, en lugar de los noventa y nueve sumisos, en la hora decisiva y con unos cuantos más por el estilo en Francia y en Inglaterra, —la guerra misma se hubiera ahorrado.

LEONHARD FRANCK

I

El hombre es bueno, de Leonhard Franck, me parece un libro muy importante. No precisamente por la tesis. La tesis no es mala; pero tiene, artísticamente, la debilidad de cualquier otra. ¿Piedad ante los horrores de la guerra?... Yo me comprometería, con los recursos litera-

rios de Leonhard Franck, a desvelar las mismas intensísimas sugestiones de terror y de angustia, sólo con contar un embarazo, parto y puerperio... Me comprometería a hacerlo, pero no lo haría. Porque no creo que una obra de arte haya de servir para esto.

Son precisamente —aparte del valor político del libro—, son precisamente aquellos «recursos», y las cuestiones de técnica literaria que suscitan, lo que nos interesa aquí. Leonhard Franck significa para nosotros, en su definición, no una nueva manera de pensar, sino una nueva manera de escribir. Podrá él, en el primer concepto, ser excelente; no es importante. Téngole en el segundo por importante, aunque no siempre por excelente.

Consígnense en El Nuevo Glosario algunas observaciones sobre la manera de escribir de Leonhard Franck. Insisto en valerme de la expresión «manera de escribir»; no, «estilo». Se trata, en efecto, de otra cosa más mecánica y a

la vez más considerable. Se trata de novedades que, en último término, no se aprecian por el *gusto*, sino por medio de constataciones objetivas y fáciles. Así como el Cubismo en pintura no es rigurosamente «un estilo», no es tampoco un estilo la técnica de Leonhard Franck.

II

Se ha disertado a menudo sobre las repercusiones literarias del invento y difusión del cinematógrafo. El punto de vista de tales disertaciones era generalmente pueril. El teatro mudo, sustituyendo al teatro hablado... La facilidad en la presentación de escenarios excepcionales... Canción conocida.

Las vías de la cultura son más tortuosas. Damos aquí un golpe; cae y es notado el efecto más lejos. Gran progreso el de Copérnico y Ga-

lileo, la sustitución de la hipótesis geocéntrica por la heliocéntrica en la descripción del Cosmos. ¿Notáronse sus consecuencias en la astronomía, en la navegación, en el calendario? No, apenas. Donde fueron notadas, por fin, las consecuencias fué —alguna vez lo hemos demostrado—... en la pedagogía.

Así, hoy por hoy, la influencia del cinematógrafo me parece nula en el teatro. En cambio, creo que se muestra evidente en la manera narrativa de un Leonhard Franck. Y esto en un doble aspecto: en la marcha general de la narración. En la presencia de ciertos *recursos* característicos.

III

La marcha general de la narración franckina puede caracterizarse diciendo que la continui-

dad en ella es obtenida por la sucesión rápida de discontinuidades.

¿Cuál es el signo gráfico que en la escritura viene a revelar la discontinuidad del pensamiento? ¿No es el punto? La prosa de Franck hormiguea en puntos como, seguramente, ninguna otra prosa alemana.

Al revés, ¿qué cosa revela en aquélla la mutación continua, el tránsito, el paso? Esto compete al verbo. Y el verbo es, a cada instante, si no ahorrado, escamoteado en aquella prosa.

Así, su infinita naturalidad tiene algo menos vivo, algo en que la vida aparece sustituída por una especie de *mineralización*. Sí, consignemos la fórmula sintética: la prosa de Leonhard Franck es una prosa *mineral*.

IV

En «La Madre», uno de los relatos que componen *El hombre es bueno,* llega un momento en que el lector se halla en presencia de cuatro series de hechos paralelos: los actos físicos de la Madre, que trastea en casa, en una ciudad del interior; los actos físicos del Hijo, que se bate en las trincheras; las representaciones que la Madre va teniendo del Hijo en tanto que ella trastea en casa; las representaciones que el Hijo va teniendo de la Madre, en tanto que él se bate en las trincheras.

La pluralidad de las series en sí misma no significa, naturalmente, una novedad. Se trata casi de una característica del género épico. Walter Scott y muchos novelistas más, casi todos los folletinistas, saben estar atentos al

manejo de los hilos múltiples de una intriga; Eugenio Sué llevará a las dificultades de esto una especie de virtuosismo... Pero advirtamos que, en los ejemplos ordinarios, la simultaneidad de las series activas se traduce en saltos sucesivos de la imaginación del autor y la del lector; cuando recogen una cadena de hechos dejan en suspenso otra; al pasar a una tercera, las dos primeras desaparecen del campo de la atención; y así siempre.

Leonhard Franck, en cambio, traduce el sincronismo de las acciones por el sincronismo de la prosa, la simultaneidad por la simultaneidad; o, más propiamente, por un entrecruzamiento de sucesiones tan rápido, que produce el efecto de la simultaneidad misma. Ni el ligero tabique de un adverbio de tiempo separa, en el fragmento aludido, la relación de cada una de las series —dos objetivas, dos subjetivas— que componen el amplio espectáculo... No estamos, en rigor, en presencia de una «escena partida», sino

de una mezcla de escenarios, como en el pasaje famoso del shakesperiano *Hamlet.* Y, para más complejidad todavía, la diferencia entre aquellas dos notas de objetividad y aquellas otras dos de subjetividad, no es exteriormente revelada de ningún modo. Todo, actos y representaciones, *es narrado como si fuese igualmente real y objetivo.* Y aquí, precisamente en esta indiferenciación, hay el resorte de un poderoso efecto dramático.

Citábamos ahora mismo al *Hamlet.* Pero, ¿quién no piensa, antes que en nada, en presencia de un arte así, *en una representación de cinematógrafo?* También en el cinematógrafo, los entrecruzamientos rapidísimos de acciones sirven para traducir la simultaneidad. También en el cinematógrafo, las series imaginarias se sobreponen —casi indistintamente—, disminuídas apenas por una claridad más indecisa —a las series de la vida real, y se mezclan y se confunden con ellas.

V

La *simultaneidad*, en la manera de Leonhard Franck, constituye un recurso; la *discontinuidad*, un carácter. Cada página de *El hombre es bueno* viene a ser como una hilera de soldados que avanzara a saltitos rotos.

Mejor aún nos proporcionaría imagen mecánica de esta manera literaria la actitud de un viajero, ávido de paisaje, que, en el interior de su compartimiento de ferrocarril, hace saltar continuamente la mirada de derecha a izquierda, a fin de que ningún aspecto del uno o del otro lado de la vía se pierda para él.

Si el tren adelanta, por ejemplo, entre marina y montaña, este viajero podrá llevarse consigo la imagen del total espectáculo de la montaña y del total espectáculo de la marina en un

kilómetro dado. Pero cada una de estas imágenes simultáneas estará compuesta de elementos discontinuos, y, fatalmente, la tonalidad general de ellas tendrá que ser —como siempre que se compone con discontinuidades, apariencias de continuidad; testigo el zootropo— un poco gris.

Y así, un poco gris, permanece Leonhard Franck en nuestra memoria, a pesar de los colores enteros y violentos que su arte utiliza. Cada fragmento ha podido destacarse con precisión, a veces, muy recortada; alguna visión tiene fuerza alucinatoria; pero el conjunto de tantas visiones que tienen fuerza de alucinación presenta, finalmente, cierta debilidad de ensueño.

CONSUELOS PARA LA ERA NUEVA

*** Más allá de cierto límite, hoy ya asequible a muchos, y al cual, sin duda, un día podríamos todos llegar, el placer que el hombre compra deja de ser delicado y de ser auténtico. Más allá de cierto límite, el goce es, o bien groseramente sensual, o bien inmoralmente fundado en una alegría antihumana de privilegio y de exclusión.

*** A mí no me importa que el cuadro en que mi sensibilidad se deleita se encuentre en mi casa o en el Museo. A mí no me importa que la nueva ciudad que recree a mis ojos de viajero sea contemplada, lo haya sido o vaya a

serlo por millares de ojos. A mí no me importa que a la sombra del jardín en que me restauro de la fatiga, se sienten unos cuantos ancianos o jueguen unas rondas de niños.

*** La civilización de la era que termina había empequeñecido y achatado las cosas. La gran pintura mural se había vuelto cuadrito de caballete; la estatua, bibelot; el poema épico, que exige en el poeta largo período de composición lenta y ocio aparente, habíase rebajado a artículo de periódico, escrito en unas horas y cobrado al día siguiente.

¡Oh, si la era nueva pudiera traernos, en reacción, un crecimiento! ¡Si el artículo se inflase de nuevo con largo aliento épico y el bibelot se volviese estatua, y la acuarela, fresco, y los hangares de ladrillo y vil revoque se trocaran en nuevos palacios de piedra y mármol!

METAGLOSA O GLOSA DE GLOSAS

¿La arquitectura, arte llegado a la post-historia? Está bien. ¿Qué edificio contemporáneo ha superado, en su exterior, y ha podido mejorar el ideal estético del Paladio?

Pero, en lo que se refiere a la decoración interior, tal o cual realización económica de tal o cual doctor-arquitecto o doctor-dibujante de Dresden o de Manheim es, sin duda, infinitamente superior a una regia cámara del Renacimiento.

En gran parte, porque los modernos han adquirido el sentido de la intimidad y han perdido —por lo menos hoy— la civilización sindicalista nos reserva acaso sorpresas —el sentido

de la «vida pública», en la acepción no parlamentaria del término.

Una vez más, aprendamos a desconfiar de soluciones municionadas.

AVENTURA

En cierta ocasión, un marinero joven discutió con un pequeño vendedor del puerto de Barcelona la cuestión de si debían venderse los cacahuetes por docenas o por unidades de capacidad. La discusión no fué demasiado agria. Los dos convinieron en que el marinero sometería el asunto a consulta de una persona conocida, como altamente respetable y experta.

Pero no más tarde que el día siguiente, el navío en que servía el joven marinero recibió orden de partir. Con una canción y una

pipa en los labios vió éste cómo se alejaba la tierra. A la madrugada del día siguiente ya no cantaba tanto. Había sobrevenido un temporal espantoso.

Viaje difícil, aquél; dos tempestades le turbaron todavía. En la última, no hubo manera de evitar el naufragio. De poco le vino al joven marinero no perder en esta ocasión la vida. Agarrado a una tabla frágil, doce horas luchó con las olas crespas, hasta que una cadena de ellas, enloquecida, lanzóle a inhóspito arenal.

Nuevo Robinsón, le fué preciso a nuestro héroe vivir allí dos años, en dura contienda con los elementos y los hombres salvajes. Por fin, un barco dedicado al comercio del bacalao logró sacarle de allí. Otros dos años permaneció el hombre en compañía de unos pescadores noruegos, acompañándoles en travesías azarosas. Como sufriera la fractura de un brazo, le desembarcaron en la más pequeña de las islas Lofoten. Allí se enamoró de una mujer del país,

la cual le dió tres hijos. Pero la ingrata le salió infiel y huyó de casa un día en circunstancias que hacían infinitamente cruel la afrenta. El joven marinero, que ya no era tan joven, se apresuró a abandonar aquel lugar maldito, que tan tristes recuerdos había de guardar siempre para él. No sin ciertas dificultades, porque esto acontecía en tiempo de la guerra, pudo volver a Barcelona después de nueve años de haberla visitado por última vez.

Pero antes, al hacer escala en Cádiz, esperábale una sorpresa. Cierto billete de lotería de España, comprado en Lisboa, en circunstancias que no recordaba del todo bien, acababa de salir agraciado. Cobró el marinero un buen pico. Inmediatamente, una galanísima viuda, de ojos dulces, nacida en la localidad, sintió la ineludible urgencia de declarar al marinero una antigua pasión contenida. Personas experimentadas como eran los dos, abreviaron toda gestión y trámite. Al mes justo, una tierna pareja

subía, de bracete galante, las escaleras de los muelles barceloneses.

Cerca del monumento a Colón estaba todavía el vendedor de cacahuetes, que ahora doblaba su comercio con otro comercio paralelo de chufas, y permanecía sentado, si antes de pie, en razón a creciente flaqueza de piernas. Y he aquí, cómo ahora, ve pasar por su lado al marinero, que ya no le conoce. Alarga el mercader la mano, desde el suelo, y agarrando al otro por el extremo de los pantalones, le detiene con fuerza.

La mirada del marinero interroga. Y mientras tanto el vendedor de cacahuetes pronuncia:

—¿Qué hay, de aquello?

BRINDIS POR MAEZTU

Unos cuantos hombres de profesión espiritual nos reunimos esta noche en torno suyo, querido Maeztu, para paladear golosamente las gracias vivaces de su compañía, antes de resignarnos a las justicias nostálgicas de su recuerdo. Hombres de profesión espiritual, digo; o, según la denominación admitida, *intelectuales*. Porque con haber versado de preferencia sobre los acontecimientos políticos del mundo, la excelente labor de periodista llevada cumplida durante quince años por usted; con haber sido enteramente políticos, estos mismos días, sus comentarios a la actualidad de Barcelona; con ser obra de política, más que de filosofía o de

literatura, su último libro magistral, ya ve usted que los políticos, entiendo los políticos al uso, no han acudido a sentarse a esta mesa. Que ni siquiera puede contarse como excepción la presencia de nuestro amigo Jesús Pinilla, merecedor de ser considerado como uno de los nuestros, si no lo fuese ya por su aticismo, por su poco próspera elegibilidad.

Y es que no hay remedio: ellos son ellos; nosotros, nosotros. Como no sabemos colaborar en los esfuerzos, tampoco sabemos partirnos el pan y el vino de las fiestas. Aquí, como en Madrid, como probablemente en Bilbao y en otras partes, esta lisiadura de nuestra ciudadanía, que viene del descoyuntamiento entre Política e Inteligencia, no ha podido borrarse. Creímos tal vez en Cataluña lo contrario; nos esforzábamos, sobre todo, en creerlo, y pudimos forjarnos algunas ilusiones sobre este punto, mientras la suerte mantuvo al frente de nuestra amorfa república la persona singularí-

sima del magistrado inolvidable que convirtió en obra de su vida el intento de aquella colaboración... Hoy resucita la vieja radical incompatibilidad: ya conoce usted la agria experiencia que nos da derecho a decirlo, que nos coloca en la obligación de decirlo.

En los Discursos de Maquiavelo sobre la primera Década de Tito Livio, refiriéndose a la fundación de Roma y al asesinato de Remo por Rómulo, elogia el secretario florentino el «procedimiento extraordinario» empleado por éste; puesto que, dice, después de la colaboración neceseria para instituír la ciudad, uno solo debe quedar en el Poder, sin partirlo con nadie; y esto a costa de lo que sea. Rómulo y Remo no cabían juntos en Roma. Uno de los dos hermanos, según doctrina de maquiavelismo, debía sucumbir. ¡Ay, los dos se habían juntado un día fraternalmente, dulcemente, bajo las tetas de la Loba!... Pero parece que las ciudades tienen a veces menos generosidad que las lobas.

Déjeme usted fantasear un poco, mi ilustre amigo. Conozco su aversión por el materialismo de Roma y de la civilización romana; y la aprovecho para fabricar un mito en que esto deriva del carácter de Rómulo, que únicamente en el de Remo encontraba su complemento, su absolución, su compensación. Imaginemos que del hermano sacrificado hubiera podido, al revés, salir una Roma con todas las limitaciones, pero también con todas las glorias intelectuales de una Atenas... En este caso, nuestro interés de hombres de espíritu, puesto que la conciliación y la colaboración eran ya imposibles, estaba en que la contingencia de la historia hubiese dibujado una disposición inversa; estaba en que, de sucumbir uno de los hermanos, fuese Rómulo quien sucumbiese.

Querido Maeztu, tras largos años de aislamiento y de estudio, vuelve usted acaso a incorporarse a la vida pública española. Para decirlo en los términos vulgares y convenciona-

les, tan conocidos, parece que es usted «un intelectual que va a la política». Creo que hace usted bien; pero permita que de un menor en edad y saber le llegue un consejo; mis experiencias de combate me dan alguna autoridad para dictarlo. Maeztu, funde usted todo lo que pueda con Rómulo; pero luego, en seguida, créame usted, mate a Rómulo, ahogue a Rómulo, antes de que Rómulo mate a Remo.

Y, para terminar, una palabra de excusa. Muchas veces yo había censurado su actitud. Aquel apartamiento, aquella lejanía, los consideraba como una especie de deserción. Hoy veo que es usted quien llevaba razón, que yo no la llevaba. Celebremos aquel apartamiento, aquella lejanía, al cual debemos la obra, la pureza y la gloria, en honor de las cuales levantamos la copa esta noche.

SIETE GLOSAS SOBRE MÚSICA NUEVA

I

La primera imposición de los problemas es el respeto; no la desobedezcamos, enamorándonos de soluciones municionadas. Creemos que la escultura, por ejemplo, es ya desde hace tiempo cosa adquirida, consumada, completa; hay aun lugar en ella para la creación individual y genial; no, para la invención de nuevas maneras o estilos. Seguramente la pintura, acaso la arquitectura, se encuentran hoy en el mismo caso: artes de evolución cerrada, entradas en lo que un Cournot llamará *Post-historia,* y

nosotros, *etapa de la Cultura.* Pero la música ocupa posición diferente. La música (como, por otro lado, la decoración, la escenografía, tal vez el puro dibujo) no parece haber pronunciado su fórmula definitiva: infinitas posibilidades se abren ante ella. La música ha empezado apenas —y está llena de virtudes desconocidas. Llamarse futurista en música puede constituír una tentación; mientras que llamarse futurista en pintura, no puede ser otra cosa que una acrobacía.

Hubiera cabido por ventura, hace algunos años, que también la música entraba en post-historia y que su canon terminal se había llamado Ricardo Wagner. Pero a Ricardo Wagner han seguido ensayos nuevos, invenciones afortunadas. Uno, el de adquirir, con el dominio de más complejos medios de expresión, el de nuevas provincias de sensibilidad: *Strauss, los rusos.* Otro, el de reducir las más finas de estas provincias, precisamente porque son las más

finas, a medios simplísimos y a un apagamiento obstinado: *Debussy, los franceses.* Otro aún, el de renunciar a estas provincias nuevas, e incluso a las adquisiciones de ayer, procurando emparentar el mundo de la música con el mundo de las artes plásticas y mantenerse en el centro mismo de las Romas inconmovibles: *Severac, los propiamente mediterráneos.* Otro ensayo todavía: reducir la música a un arte usual, desproveyéndola, a lo menos en intento, de su carácter excepcional, *festivo,* y aun en el fondo, de su lirismo. *Erik Satie, algunos jóvenes maestros de última hora.* Otro ensayo, por fin, que consistiría simplemente *en que apareciera un gran músico.*

II

Yo he contado alguna vez cómo un día, discutiendo Octavio de Romeu, en Roma, con su amigo Borgese, el famoso crítico literario italiano, sobre la eterna cuestión de la superioridad entre el Genio y el Gusto, el último le decía al primero, en broma agresiva:

—¿Sabéis en qué ha venido a parar vuestro Gusto? ¡Hoy, vuestro Gusto se llama Anatole France!

Y el otro contestaba:

—Sí, pero hoy vuestro Genio se llama Strauss...

Quien dice Anatole France, dice Debussy. Dos nombres diferentes de una misma senilidad artística, inteligente, sensual y amable.

Y también, quien dice Strauss dice los ru-

sos. Con pasión más auténtica estos últimos, pero con el mismo nublamiento de la razón.

Sí. Entre los caminos de renovación de que hablábamos, dos se dibujan claramente. Mas por ahora no parecen habernos conducido a ninguna gloriosa ciudad de cien puertas:

III

Todavía otro camino. El que, para entendernos rápidamente, llamaríamos, con una designación ya familiar a muchos, «de mediterranización de la música». Pero la fórmula, si leemos bien nuestro Silabario ideológico, no quiere decir mas que acentuar en música los valores plásticos, racionales, en detrimento de los sentimentales y dinámicos. ¿Es esto posible? Sí, hasta cierto punto. ¿Fórmula para esto? Tal vez no descubierta aún.

Hace poco más de un siglo, la cultura europea sintió necesidad de una inversa reforma en las artes. Se trataba entonces de acentuar en todas partes sentimentalidad y dinamismo. El imperativo romántico lo ordenaba así. ¿Qué hacer con la pintura, *que musicalizase la pintura?* Europa inventó entonces el paisaje, como género independiente. Los holandeses y Claude Lorrain eran demasiado intelectuales todavía; las ruinas entre la vegetación estorbaban demasiado, todavía, a la voluntad de dinamismo. Vinieron, pues, en hora propicia, un Constable, en Turner. El paisaje adquirió, como primer paso, individualidad substantiva; después, imperio. Tal vez, en el fondo, el impresionismo no ha oído otra cosa que la venganza del paisaje contra la figura, como el clasicismo podría definirse recíprocamente por la tiranía de la figura sobre el paisaje.

Una invención de este orden y entidad sería necesaria para que la música pudiera volverse

mediterránea, sinceramente... Todo lo que no sea esto, no puede conducir a otra cosa que a puerilidades como la de hacer que se oigan distintamente en tal o cual *suite* cascabeles de tartana; o la de poner sobre las solfas rótulos antiguos tomados a la topografía y a la toponomástica del Rosellón.

IV

Conozco demasiado mal la música de Erik Satie y la de los que le han tomado por príncipe y precursor en París o en Italia, para que pueda ni siquiera aludir en este resumen rapidísimo, a cualquier vaticinio de resultado en relación con el camino que han emprendido. Un antiguo retrato del personaje, conocido hace tiempo en Barcelona, un retrato debido, me parece, a Santiago Rusiñol, no traía, en verdad,

muy buen agilero. Unos *Morceaux en forme de poire*, ejecutados un día en amigable reunión por Wanda la sutil, pudieron parecernos sospechosos de fumistería. Pero recibo ahora de manos de unos amigos un *tract*, de texto agudísimo, firmado por Jean Cocteau y rotulado *Le Coq et Arlequin.* Multitud de insinuaciones y aforismos, una fuerte coherencia de pensamiento. Y dado allí se presenta como ejemplo la realización artística, dentro de un espíritu idéntico, la música de Erik Satie y de algún otro, vale la pena de que tomemos nota de una nueva escuela, de un nuevo camino, y dictemos sobre ellos juicio formal; tomándolos, si no como existentes, como posibles.

Una cosa me gusta, desde luego, en la estética, que en el pequeño *tract* encontramos condensada —y que se presenta como doctrina del *Gallo*, contra las tendencias de *Arlequín*—, y es que el Gallo canta allí descaradamente su aversión por la ideología muelle y

confusionaria recibida del impresionismo y del «Fin de siglo». El Gallo dice: «Basta de nubes, de ondas, de *aquariums*, de ondinas y perfumes en la noche; nos conviene una música puesta en la tierra, *una música de cada día*».

Recuérdese que nosotros preconizamos, paralelamente, desde que el Glosario es Glosario, «una metafísica cotidiana», *«una metafísica usual»*.

V

Sólo que, de desconfiar de perfumes y ondinas, a desconfiar de la misma música, no hay sino un paso; la estética del Gallo la da francamente: «Así como hay rótulos, escribe Cocteau, que avisan: ¡Cuidado con la pintura!, nosotros añadimos: ¡Cuidado con la música!»

Y agrega: «¡Cuidado! Vigilad mucho, que la

música es la única, entre las artes, que da vueltas en torno nuestro».

En consecuencia: «Conviene que el músico cure a la música de estos enlaces, de estas habilidades, de esta prestidigitación, y que la obligue, lo más posible, permanecer de cara al oyente».

Luego, la insistencia sobre el motivo capital: «Basta de hamacas, basta de guirnaldas, basta de góndolas; quiero que me construyan una música, dentro de la cual pueda vivir como dentro de una casa».

Pero una musica así, ¿es posible?

VI

... No, no me parece muy posible. Mejor dicho, todo es posible. Pero le es posible únicamente al *grande*.

Y aquí viene la última solución, el último camino. *¡Si saliese un gran músico!* Si saliese un gran músico, podríamos esperar lo que ya se ha dicho necesitábamos: una solución que para la música equivaliera a lo que representó, para la pintura, la invención del paisaje. Podríamos esperar, tras Wagner, el anti-Wagner, es decir, aquel que cambiase la música, de arte de excepción, de arte de Bayreuth y de festivales, en arte cotidiano, «habitable como una casa», según la estética del Gallo.

Es una lotería, en la cual, como en todas las loterías, cabe esperar lo mejor, a condición de no contar con ello.

VII

Era costumbre en China, en fecha que parece fijada hacia el año 2500, antes de Jesucristo,

nombrar un «ministro de la Música», encargado de la suprema autoridad sobre ella en consideración de servicio público. Parece que fué uno de esos ministros, Sa-Mna-Tseieu, quien publicó unos tratados, de cuya versión francesa, debida a M. Edouard Chavannes, extraemos la cita siguiente para cerrar nuestras glosas de música nueva:

«La música es lo que unifica. Hay una música de relajación y otra que produce el bien. Por esto la música ha de ser cultivada en el pueblo, en las asambleas por distritos y comarcas, en las casas familiares, a fin de que los hombres sean llevados al respeto, a la docilidad, a la afección.»

LEOPOLDO LUGONES

Si Francia perdió un académico en Verhaeren, ¿por qué España no ha de ganar un académico en Leopoldo Lugones?

Probablemente esto a él no le importa. Pero esto puede importar en gran manera al habla castellana y a sus destinos.

Lugones es el más prodigioso inventor verbal de las cuatro Españas. Cada palabra antigua, en boca de este poeta, parece pronunciada por primera vez. Cada palabra nueva parece ser inmemorial.

Grávida de tradición su novedad.

Y a las Academias interesa vivamente traer a redil todas las tradiciones, aunque se trate de tradiciones de seis años.

DIÁLOGO DEL PASEO DE ESCOLLERA

Suaves son las luces del crepúsculo en el puerto. No sé si más bellas las que en el firmamento se encienden que aquellas otras que, por mano de hombre, pero con apariencia igualmente maravillosa desde aquí, van pespunteando con su aparecer paulatino sobre la costa, la curva suave de la ciudad.

—Gustamos los amigos de repetir este paseo a lo largo del malecón. El ánimo turbado por la agitación diaria de las pasiones y las tareas recobra en este ejercicio la perdida serenidad. La vista se parte entre la abierta contemplación del mar libre, ahora mugidor a nuestra izquierda, y la cerrada de las aguas

tranquilas que, a medias esclavas entre muros y rocas, chapotean del otro lado, en el puerto, y se deshacen en tenues suspiros y voces casi articuladas, que a veces diríanse obscuramente mimosas palabras de mujer.

—La ecuánime admiración por todo lo bello, ¿nos consentiría ahora el valor de escoger entre espectáculos? ¿Podríamos preferir estéticamente, intelectual y moralmente tal vez, la infinita visión del mar libre a la limitada del puerto?

—¿Por qué distinguir, por qué escoger?

—Porque distinguir es el camino de la Inteligencia; escoger, la única prenda segura de virilidad. Para ser inteligente, para ser hombre y, sobre todo, para ser hombre inteligente, es necesario sacrificar mucho. Todo es hermoso. Todo se confunde... Bien. Esto tal vez explica el mundo. Pero esto no nos justifica a nosotros. Y sólo la perfección se produce, y sólo nace la verdad, cuando ante un mundo real se coloca un contemplador justo.

—Recuerdo que alguna vez se nos ha presentado un duro problema parecido en grado sumo a este que ahora apremia nuestra elección. Se trataba de la obra total de Goethe, y perentoriamente se nos preguntaba: ¿Qué preferís en ella, y dentro de lo señero de ella, «Fausto», el esfuerzo gigante, o «Ifigenia», creación perfecta y acabada?... Y se nos prevenía que por el nudo de esta cuestión pasaba el meridiano que inevitablemente partía en dos mitades el mundo entero de las ideas.

—No eran sólo semejantes la cuestión literaria entre poema y poema goethianos y esta otra entre aguas y aguas, a diestra y siniestra de nuestro viáculo porteño: eran, las dos, la misma cultura o paisaje, meridiano ideológico o paseo de escollera, visión voluptuosa o estudio nutriz; de lo que se trata es de escoger entre romanticismo y clasicismo, entre sublimidad y belleza, entre el infinito y la perfección... He aquí lo sin límites, que nos exalta, pero que tal

vez nos pierde; he aquí, a banda opuesta, lo limitado, que acaso nos ahoga, pero que nos procura la delicia suprema de comprender.

—Insensiblemente parecen insinuarse en estas palabras prejuicio y consejo. Gana con ellas una primera jugada «Ifigenia» sobre el «Fausto», el puerto sobre el mar libre. Seguramente, una segunda jugada dialéctica arrojaría resultado distinto, si entraban en puesta la riqueza y la variedad. Aguas tranquilas, vuestro ahogo posible es siempre el mismo ahogo. Llanura infinita, tu exaltación es un dinamismo, diferente en cada día y en cada hora, siempre diverso en obra de sucesiva recreación.

—La monotonía está siempre en nosotros, y no en las cosas. El artista lo dijo, la filosofía lo ha repetido con insistencia después: Basta mirar algo con atención, para que se vuelva interesante.

—El mar libre tiene la profusión de sus grandes olas.

—Pero el puerto tiene la profusión de sus bien equilibrados navíos.

—¿Hay algo que pueda compararse a estas magníficas montañas grises, de verdinegro vientre y cresta de plata, que avanzan locas y crecen, y rugen, y se quiebran, vencidas y vencedoras a la vez, en el espasmo y en el sollozo?

—Sí. Estas vertebradas estructuras navieras, que al alba avanzarán dulce e irónicamente, entre las olas mismas, la tajante insinuación de una proa y el equilibrio noble de una inteligente economía utilitaria.

—Se enfurecerán mañana por ventura las olas y se tragarán al navío.

—Otro seguirá pasado mañana, infatigable como la cultura, por la ruta invisible que comenzó a surcar el primero.

—La víspera de una repetición se llama siempre tragedia.

—Pero al día siguiente de una tragedia se llama siempre sonrisa.

—La alternativa inacabable entre sonrisas y tragedias, ¿no es una tragedia también?

—No, por la misma razón que no es noche el ciclo regular entre la luz y la sombra. La unión de un día con una noche se llama un día. La unión de un fracaso con un éxito se llama seriedad.

—Todas las sensibilidades rotas gustan de los puertos. Todas las civilizaciones fatigadas gustan del clasicismo.

—Todas las voluntades turbias buscan en lo infinito la magna excusa de la embriaguez.

—Hay que estar siempre embriagado —dijo el poeta—. ¡De alcohol, de virtud, de divinidad, no importa!

—No hay que estar nunca embriagado. Sólo un pecado existe, y es la embriaguez. La cólera no es pecado, sino la embriaguez de cólera. La avaricia no es pecado, sino la embriaguez de avaricia. La lujuria no es pecado, sino la embriaguez de lujuria. La caída está siempre en el

olvido de la serenidad. Perder el dominio de sí mismo, perder la conciencia, enajenarse, he aquí el mal. El alma se conserva pura, en tanto que la moderación no se ausenta. Todo está salvado todavía, mientras en la noche de nuestras pasiones permanezcan vigilantes las lucecitas de la razón, claras y seguras como las lucecitas de los puertos.

—He aquí una gaviota... He aquí otra gaviota, muchas gaviotas... Libres y sin remordimiento cruzan nuestro camino. Van del mar libre al cerrado puerto y, aliabiertas, vuelven del puerto al mar.

—Tal vez convenga que aceptemos la lección de la gaviota. Tal vez la suprema solución se halle en el secreto de estos giros, de apariencia voluble. Navegar es necesario, pero volar también es necesario. Dialogar como lo estamos haciendo, ¿no es lanzarse a un mar libre que no conoce ni siquiera las costas del principio de contradicción? Pero no tendríamos de-

recho a deportarnos así, en el encanto vago de la hora crepuscular, si antes no hubiésemos ofrendado al deber del día la fatiga santa de nuestras estrictas tareas. Una vez más parece oportuno distinguir, a tiempo que dialectamente se reúnen, el juego y el trabajo... Hay que volar a todos los vientos de todos los mares, pero hay que procrear en un nido.

ÍNDICE

Páginas.

ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
XXVIII	18	obre de Siena	*ocre de Siena*
23	2	corazón: lo supremo	*corazón, lo supremo*
25	20	la *Geometría* de Euclides	*la Geometría de Euclides*
26	2	poliedro, así,	*poliedro así,*
28	6	pues los compiladores han tomado el fragmento de una	*pues aquellos han tomado un fragmento de*
32	21	especializado	*especializado en*
36	14	inspiración	*aspiración*
44	20	anima	*anime*
48	6	la patrona	*lo patrona*
52	10	de la mañana	*del mañana*
55	5	de otro. Augur,	*de otro augur,*
69	3	Cataluña, sino Occidente que es América.	*Cataluña; sino de Occidente, que es América.*
79	7	será Cruz? Aquello que mejor le aflige	*será su Cruz? Aquello que mejor le aflija*
97	1	do Quental	*de Quental*
113	4	Julio César Borgese	*César Augusto Borgese*
116	7	maravilla	*maravillas*
»	12	no temió de introducir a los otros en el misterio público.	*no temió introducir a los otros en el misterio púdico*
118	7	En una asamblea, hemos oído decir de un asambleísta: «¡Si lo que se afirma de él fuese cierto, a puntapiés le sacaríamos.	*Recientemente, en cierta Asamblea se oyó decir de un asambleísta: «Si lo que se afirma de él fuese cierto, a puntapiés le echaríamos*
119	5	velamos	*valemos*
136	20	Y el culto	*Y para el culto*
153	5	fieles en las dosis	*fieles, en las dosis*
158	5	raza	*razón*
201	9	Y dado allí	*Y, dado que allí*

OBRAS DE EUGENIO D'ORS

QUE SE ENCUENTRAN EN CASTELLANO

DE LA AMISTAD Y EL DIÁLOGO. 2.ª edición. (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid.)

APRENDIZAJE Y HEROÍSMO. (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid.)

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DE LA INTELIGENCIA. (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid.)

LA MUERTE DE ISIDRO NONELL. Versión de Enrique Díez-Canedo. (Edición de «El Banquete», Madrid.)

«FLOS SOPHORUM». Versión por Pedro Llerena. Segunda edición. (Seix & Barral, Barcelona.)

LA BIEN PLANTADA. Versión de R. Marquina. 2.ª edición castellana. (Calpe, Madrid.)

EL VALLE DE JOSAFAT. Versión de R. Marquina. (Publicaciones Athenca, Madrid.)

OPÚSCULOS FILOSÓFICOS

I. «RELIGIO EST LIBERTAS». (Edición de la «Revista de Libros», Madrid.)

ANTOLOGÍAS

LA FILOSOFÍA DEL HOMBRE QUE TRABAJA Y JUEGA. ANTOLOGÍA FILOSÓFICA DE EUGENIO D'ORS, por E. Rucabado y J. Farrán Mayoral. (A. López edit., Barcelona.)

GLOSAS. PÁGINAS DEL GLOSARI DE XENIVS 1906-1917, por A. Maseras. (Editorial Saturnino Calleja, Madrid.)

EN PRENSA

LA CONCEPCIÓN CÍCLICA DEL UNIVERSO. Curso profesado en la Academia de Ciencias de Lisboa. (Editorial Minerva, Barcelona.)

OBRAS DE PIO BAROJA

Vidas sombrías.
Idilios vascos.
El tablado de Arlequín.
Nuevo tablado de Arlequín.
Juventud, egolatría.
Idilios y fantasías.
Las horas solitarias.
Momentum Catastróphicum.
La Caverna del Humorismo.
Divagaciones sobre la Cultura.

LAS TRILOGÍAS

TIERRA VASCA

La casa de Aizgorri.
El Mayorazgo de Labraz.
Zalacaín el Aventurero.

LA VIDA FANTÁSTICA

Camino de perfección.
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.
Paradox, rey.

LA RAZA

La dama errante.
La ciudad de la niebla.
El árbol de la ciencia.

LA LUCHA POR LA VIDA

La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.

EL PASADO

La feria de los discretos.
Los últimos románticos.
Las tragedias grotescas.

LAS CIUDADES

César o nada.
El mundo es ansí.
La sensualidad pervertida.

EL MAR

Las inquietudes de Shanti Andía.

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador.
El escuadrón del Brigante.
Los caminos del mundo.
Con la pluma y con el sable.
Los recursos de la astucia.
La ruta del aventurero.
Los contrastes de la vida.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.

OBRAS COMPLETAS

DE

AZORIN

I.—El alma castellana.
II.—La voluntad.
III.—Antonio Azorín.
IV.—Las confesiones de un pequeño filósofo. (Aumentada.)
V.—España.
VI.—Los pueblos.
VII.—Fantasías y devaneos.
VIII.—El político.
IX.—La ruta de Don Quijote.
X.—Lecturas españolas.
XI.—Los valores literarios.
XII.—Clásicos y modernos.
XIII.—Castilla.
XIV.—Un discurso de La Cierva.
XV.—Al margen de los clásicos.
XVI.—El licenciado Vidriera.
XVII.—Un pueblecito.
XVIII.—Rivas y Larra.
XIX.—El paisaje de España visto por los españoles.
XX.—Entre España y Francia.
XXI.—Parlamentarismo español.
XXII.—París bombardeado y Madrid sentimental.
XXIII.—Laberinto.
XXIV.—Mi sentido de la vida.
XXV.—Autores antiguos. (Españoles y franceses.)
XXVI.—Los dos Luises y otros ensayos.